

CAMINAR
SIN MIRAR
ATRÁS

Índice

Prólogo

Capítulo 1. NACE UNA VIDA

Capítulo 2. EL ACCIDENTE

Capítulo 3. DULCE INFANCIA

Capítulo 4. ADOLESCENCIA, APRENDIENDO A
CRECER

Capítulo 5. ME HAGO MAYOR

Capítulo 6. DESCUBRIENDO EL AMOR

Capítulo 7. ALEGRÍA Y TRISTEZA

Capítulo 8. PRIMERA CITA

Capítulo 9. CONOCIÉNDONOS

Capítulo 10. UN VIAJE INESPERADO

Capítulo 11. PLANEANDO EL FUTURO

Capítulo 12. ¡SÍ, QUIERO!

Capítulo 13. ¿AUMENTAMOS LA FAMILIA?

Capítulo 14. ¡A POR TODAS!

Capítulo 15. OTROS CAMINOS

Capítulo 16. ¡VIVA LA FAMILIA!

Capítulo 17. SE AVECINAN CAMBIOS

Capítulo 18. EL CÁNCER LLAMA A NUESTRA PUERTA

Capítulo 19. TRISTE DESPEDIDA

Capítulo 20. TODO SE DESMORONA

Capítulo 21. NO TODO ES LA PANDEMIA

Dedicatoria:

A mi difunto marido, el amor de mi vida. Sin ti, mi vida no hubiese tenido sentido. Amor infinito.

A mis hijas, Judith y Marta, mis dos pilares. El regalo de la vida

A mis padres y hermanos, ¡os amaré siempre! Especialmente a ti, David, que siempre estás aquí.

A mis cuñados, sobrinos, primos, tíos, amigos, compañeros...

A nuestros amigos: Oscar y Ali, y a sus hijos, por demostrarnos que no hace falta ser familia para darse apoyo y estima.

A Esther, gran escritora y editora, por ayudarme en esta aventura.

A todos los que formáis parte de mi vida.

Y también a todas aquellas personas, que, en el transcurso de sus vidas, han tenido que superar pruebas muy duras, como yo.

PRÓLOGO

Me despierto abrazada a la almohada donde existían tus dulces sueños, donde despertabas cada amanecer y nos dábamos los buenos días y las buenas noches, junto a un “Te quiero”, que ya nunca volverá a mis oídos, pues el destino, o la vida, así lo ha decidido. Un vacío inmenso es lo que siento al no tener más tu aliento.

¡Maldito cáncer! Sí, maldito cáncer que, tras un año y siete meses de lucha constante, ha osado llevarte y separarte de mí, de tus hijas, de todos los que te amamos... Rabia, dolor, tristeza, una mezcla de sentimientos.

Acariciando todo aquello que nunca más volveré a acariciar, sintiendo este vacío gigante, me paro a pensar en lo que ha sido hasta hoy mi vida, nuestra vida...

Nunca me pregunto por qué. Es cierto, no consigo nada con pensar en el porqué de todo lo que he vivido. Tan solo pienso en seguir adelante y **caminar sin mirar atrás...**

CAPITULO 1. NACE UNA VIDA

Todo empezó el 6 de noviembre de 1970, cuando llegó a este mundo una servidora, Montse. Nací en Barcelona, en la clínica del generalísimo Franco (actualmente Vall d'Hebron). Mi parto fue normal y corriente, siendo una alegría inmensa para mis padres y mi hermano.

Nací rodeada de una familia feliz: mis padres, Luis y Ana, y mi hermano Luis, al que cariñosamente llamábamos “tete” o “Lluiset”.

A mis padres, trabajadores de siempre, luchadores natos, la vida les puso un reto muy duro: llevar a adelante a un niño especial: “Lluiset”. Y os preguntareis, ¿por qué especial?

En aquella época, solía haber complicaciones en muchos partos. En el caso de mi hermano, mi madre tuvo un parto largo, con muchos problemas, fórceps y demás... Y el bebé nació finalmente con una parálisis cerebral, que le impedía hablar, gesticular o caminar, pero con un corazón que no le cabía dentro de lo grande que era.

Aunque mi hermano no hablaba, se comunicaba con la mirada y así aprendí a compartir y entender una vida, con un ser especial y excepcional: “mi tete Lluiset”.

Nuestra infancia fue feliz, rodeados de mucho amor, creciendo y creciendo.

Tenía cuatro años, cuando mi madre se quedó embarazada de nuevo, de mi hermano pequeño: David. Un trozo de pan...

CAPITULO 2. EL ACCIDENTE

La felicidad del embarazo se vio amenazada por un grave accidente de coche que tuvimos, cuando mi madre estaba de ocho meses de gestación.

No tengo muchos recuerdos de mi infancia, pero la imagen del accidente, la tengo grabada en mi cabeza, desde entonces con nitidez.

En el coche íbamos, mis padres, mi primo, mi tía y yo. Salíamos de cargar mucha compra, de un gran hipermercado, situado por el Km.11, cerca de la autovía de Castelldefels. Nos encontrábamos parados en un semáforo en rojo, cuando un coche nos embistió por detrás.

Con la fuerza del impacto, empujados hacia la autovía, ¡dimos varias vueltas de campana! ¡Qué escalofrío! Cuando lo pienso me vienen imágenes, en forma de flashes, de toda la compra esparcida por la carretera, todos huevos rotos... mi primo con la cabeza llena de sangre... Y frío, mucho frío. Y silencio, mucho silencio.

Me quedé en estado de shock, sin poder articular palabra. A mi madre la socorrieron en seguida. Imaginaos, ¡estaba embarazada de ocho meses! Al igual que a mi primo, que tuvo una contusión cerebral.

Según me cuenta mi madre, al día siguiente, cuando fueron a abrazarme, rompí a llorar, quejándome de dolor. ¡Tenía las dos clavículas rotas! Y otras consecuencias, que no supe hasta años más tarde...

Finalmente, pocos días después, nació mi hermano. Un niño rubito espectacular, con una fuerza radiante.

CAPITULO 3. DULCE INFANCIA

Nuestras vidas transcurrían de manera feliz. A los nueve años hice mi Primera Comunión, y aunque nunca he llevado bien el tema religioso, ese día me sentí como una auténtica princesita.

Y así fui creciendo, disfrutando al máximo de una infancia que, sin darme cuenta, se esfumó en un plis.

En el colegio, la etapa de la EGB (Educación General Básica, lo que actualmente conocemos como primaria) me fue bastante bien, a pesar de que, con trece o catorce años (en séptimo u octavo curso) me apodaron como “La napo”. ¡Uf! ¡Qué complejo tenía! Digamos que mi nariz era un tanto desproporcionada, y que los niños podían ser muy crueles (como ya sabemos a esas edades). Ahora me río de eso. Mi nariz forma parte de mí y no la cambiaría, pero, de pequeña, reconozco que me hicieron odiarla.

En cuanto a la relación con mis hermanos era maravillosa. Siempre compartíamos juegos: con muñecas, coches, balones o lo que fuera. Todo juguete nos iba bien, lo importante era disfrutar. Una noche de Reyes, recuerdo que hubo una pequeña nevada y que, a la mañana siguiente salimos a jugar, con los

regalos que nos habían traído: unos muñecos de Playmobil justo para la nieve. ¡Ideal!

Al poco tiempo empecé a tener algunos problemillas de salud: siempre estaba resfriada, con alguna neumonía y pulmonía de por medio, que siempre superaba positivamente.

Recuerdo unas Navidades en las que, cuando estaba a punto de hacer el cambio, de niña a mujer, empecé a expulsar sangre por la boca cada vez que tosía. Fue en San Esteban. Mi madre nunca quería celebrar esa fecha porque su madre (mi abuela) murió justo ese día. Y solo un año después, también en diciembre, falleció su padre (mi abuelo). Recuerdo que me llevaron a urgencias y me hicieron un lavado de estómago. Aunque los médicos dijeron que se debía a eso, al cambio, siempre me pareció extraño ese diagnóstico.

Teníamos nuestras salidas familiares. Nos gustaba mucho pasar los fines de semana entre Calafell y Bellvei. Íbamos a casa de una tía de mi madre, la tía María, junto con sus hijos y nietos. Por cierto, uno de ellos es mi padrino. Su casa estaba en una urbanización, donde compartimos muchísimos momentos maravillosos: charlas, cuentos por la noche, partidas de cartas... Aquellas castañadas en la chimenea... (¡Menudo frío hacía en

aquella época!), escuchando una y otra vez la discografía de *Queen*, enterita. Esas maravillosas canciones, que aun pasando décadas y décadas, siguen sonando y teniendo éxito.

Allí hicimos amistades, jugando en la calle. Recuerdo las salidas en bici, las excursiones al castillo en ruinas, las visitas al vecino, que siempre tenía perros y gatos... Y que despertó en mí una pasión por los animales que más tarde descubrí.

CAPITULO 4. ADOLESCENCIA, APRENDIENDO A CRECER.

Y por fin llegó la etapa de la adolescencia. Los fines de semana me gustaba quedar con mis amigas para ir al parque que había cerca de casa y pasar la tarde charlando, escuchando música, hablando de chicos... También empezó mi curiosidad por el tabaco, vamos que algún cigarrito probé. Aunque también me entusiasmaba estar en casa, con mi familia. La gran mayoría de domingos jugábamos a las cartas, al dominó o al parchís, mientras escuchábamos El carrusel deportivo. Reconozco que siempre me ha atraído el fútbol... ¡El Barça es mi pasión! Tanto, que de jovencita incluso lloraba cuando perdía. Bueno, confieso que, de mayor, también.

Pero no todo fue siempre de color rosa en casa. También tuvimos una pequeña crisis. Mi padre estuvo un tiempo con problemas en la empresa donde trabajaba y, finalmente, la empresa cerró y se quedó sin trabajo. ¡Qué duro para un cabeza de familia! Por suerte, un tiempo después, fue recompensado con un dinerito procedente del fondo salarial.

A esa alegría le sumamos otra. A mi hermano y a mí nos invitaron a una gincana en las fiestas del barrio de Sants. Era una especie de concurso en la calle, donde debíamos pasar varias pruebas, siguiendo un circuito. Y mi hermano David y yo tuvimos la suerte

de ganarla. Tras superar todas las pruebas, fuimos los primeros en llegar y ¡nos llevamos el primer premio! ¡Oh, no nos lo podíamos creer! Ganamos premios fantásticos como unos patines, un lote de colacao...

Superada la etapa de la EGB, tenía que tomar la decisión de seguir estudiando BUP (actual ESO) o alguna rama de FP (cursos formativos). Me decanté por estudiar FP administrativo. La contabilidad y la informática me atraían.

El primer curso lo empecé en el mismo colegio donde cursé la EGB. Pero al año siguiente, para sorpresa de todos, eliminaron los grupos de FP y tuve que buscarme otro instituto para seguir cursando lo que había empezado. La verdad es que fue genial. Conocí a nuevos amigos y amigas. Incluso empecé a jugar a balonmano, de defensa. Como iba bien preparada a nivel académico y se me daban muy bien las mates, hasta un estudiante me pidió que le diera clases particulares... No acepte. A saber si lo que quería eran clases o algo más...

Por estas fechas, fue otorgada la candidatura de las Olimpiadas de Barcelona, y a los estudiantes de instituto nos ofrecieron apuntarnos para ser voluntarios olímpicos. ¡Vamos! ¡Me fui de cabeza! ¡Con lo que me gusta a mí el deporte!

Cuando llegué al tercer curso, yo ya quería trabajar. Me pesaba estudiar. Terminé el primer trimestre y, al empezar enero, con mis dieciséis años recién cumplidos, un martes y trece, me ofrecieron la posibilidad de trabajar como aprendiz en una tienda de embutidos y jamones. ¡No me lo pensé dos veces! A mis padres no les gustaba la idea, ¡qué disgusto más grande para ellos! Su hija dejaba de estudiar. Pero yo quería ganar dinerillo. No me importaba dejar los estudios. Y lo cierto es que no me arrepiento. Nunca imaginé que ahí estaría mi futuro, tanto laboral como personal.

CAPITULO 5. ME HAGO MAYOR.

Poco a poco fui aprendiendo el oficio de charcutera, entre jamones, chorizos y salchichones. Con experiencias de todo tipo, como ir detrás de un ladronzuelo, que se quería llevarse un jamón. Corrí y corrí tras él hasta quitarle lo que había robado. ¡Ya lo creo! La rabia pudo más que el sentido común. Después, al pensar fríamente en lo que había hecho me di cuenta de que no debería de haber actuado así. ¡Hasta una bronca me llevé! “No vuelvas a salir corriendo detrás de nadie. ¿Qué hubieras hecho si llega a sacarte un arma?”, me decían. Locuras que hace una de joven...

Mientras iba aprendiendo, mi carácter se transformaba. Siempre había sido muy tímida, al punto de ponerme roja como un tomate cada vez que me decían algo. Pero el trato con el público logró que me deshiciera de esa timidez. Una tarde, incluso, tuve que quedarme sola en la tienda. Como era menor, mi madre se ofreció a hacerme compañía y se sorprendió mucho al ver cómo me desenvolvía sola. Llegó incluso a decir: “Esta no es mi hija, me la han cambiado”. Me sentí satisfecha de la confianza que depositaron mis jefes y mi madre en mí.

Fuera del trabajo, empecé a ir a la discoteca. ¡Qué tardes aquellas bailando sin parar en el *Vaya, Vaya!* Me encantaba. Grupitos de amigas y amigos, en nuestro rinconcito.

Allí conocí a un chico, que se convirtió en mi noviete. La relación duró un año más o menos. Con el tiempo descubrí que no estaba muy bien, tenía comportamientos un tanto extraños y agresivos, y no me interesaba eso. Hasta el punto de que, una vez rota la relación, me hizo pasar muy malos ratos. Me perseguía... ¡Qué miedo! Hasta que mis padres decidieron ayudarme a plantarle cara, y ya nunca más supe de él.

Tras esa relación, decidí no tener ninguna más por un buen tiempo. Solo quería disfrutar a tope con amigos y amigas, sin complicaciones de amoríos.

Los fines de semana, mis padres y mis hermanos continuaban yendo a Calafell, a casa de la tía María, mientras yo me quedaba en casa, para estar con mis amigos y pasar ese rato tan divertido en la discoteca. Me gustaba soltar adrenalina con mis bailoteos. ¡No paraba de bailar! Me llamaban “la meneíto”. Además me apetecía mucho quedarme sola en casa, hacerme la comida... ¡Me sentía mayor! Cuando tienes diecisiete años, crees que ya eres mayor y que vas a comerte el mundo... Estás cerca de los dieciocho y la mayoría de edad se aproxima. Pero la vida te

enseña que no es así, que todavía tienes mucho que aprender... Y así fue.

De esta etapa, recuerdo anécdotas muy divertidas. Como un sorteo de la primitiva. ¿Qué pasó? Mi padre acostumbraba a jugar unos números fijos con unos compañeros de trabajo, cuando un sábado, al revisar, como cada semana, los números premiados le pareció que tenía varios aciertos. “Me suenan mucho estos números. Creo que tenemos cuatro o cinco aciertos”, dijo sorprendido. Yo me acerqué a él rápidamente y vi que así era. ¡Menuda sorpresa! ¡Tenía 5 aciertos!, ¡más el complementario! ¡Qué emoción! Todos nos pusimos a dar saltos de alegría. Lástima que fue el sorteo menos premiado de la historia de la Primitiva y que además había que repartirlo entre cuatro compañeros. Pero, aún así, nos hizo mucha ilusión y lo disfrutamos.

Mis fines de semana, seguían siendo discotequeros. Además de ir al *Vaya Vaya*, empecé a ir también al *Kizás*, otra discoteca de L’ Hospitalet, la zona donde siempre me movía. Había también un bar musical, creo que se llamaba *Exterior*, donde me pasaba la tarde del sábado, escuchando música y jugando al billar y al fútbolín. En el *Kizás*, me encantaba bailar sobre una plataforma, ¡dándolo todo! ¡A tope! Como anécdota más destacada en las discotecas, recuerdo algo que sucedió en el *Vaya Vaya*. Mi grupo de amigos y yo nos juntábamos siempre en el mismo rincón, donde dejábamos nuestras chaquetas y bolsos. Pues bien, un

sábado, después de pasar toda la tarde allí, justo cuando ya cerraba la discoteca, de repente, no encontraba mi bolso... ¡Oh! ¿Dónde podía estar? Lo buscamos como locos, sin resultado, hasta que se lo dije a la persona de seguridad. Él me pidió que esperara a que se vaciara toda la discoteca para hacer una búsqueda mejor. Sin embargo, una vez vacía, tras buscarlo por todas partes, el bolso no aparecía. Fue entonces cuando se me ocurrió ir al baño, y revisar, uno a uno, cada retrete. Mi sorpresa fue enorme cuando encontré mi bolso en uno de ellos, tirado en el suelo. Sentí asco y mucha rabia. ¿Quién había osado hacerme esta putada (no lo puedo llamar de otra manera)? No dábamos crédito. Nunca supe quién lo hizo, pero tenía mis sospechas. En un momento de furia, maldije en voz alta (es lo que hace la rabia): “¡Ojalá que quien me haya hecho esta putada se rompa una pierna!” A la semana siguiente, una chica a quien llamábamos “Madonita”, vino con la pierna rota. ¿Casualidad? ¿Acaso fue ella? Nunca lo sabré, pero lo cierto es que me asusté de mí misma al pensar que mi maldición podía haberse cumplido.

Pero no todo era diversión en esa época. Volví a tener problemas de salud, con resfriados muy fuertes. En uno de ellos, me hicieron una placa y una analítica, y me mandaron con los resultados al hospital. ¿Qué me estaba pasando? ¡No entendía nada! Al llegar al hospital, me aislaron en una habitación! Asustada, sin saber qué me pasaba, al igual que mis padres, me hicieron la prueba de la tuberculina. Me pincharon muchas veces en un brazo, dejándome muchas marcas. Durante el tiempo que estuve

aislada, todo el que entraba en la habitación debía ponerse una mascarilla (ahora estamos muy acostumbrados, pero entonces era extraño). También me hicieron una broncoscopia, sin sedación. En fin, que después muchas pruebas y de llevar ingresada una semana, la conclusión fue que todo era consecuencia del accidente que sufrí de pequeña. ¿Recordáis? Por lo visto, una parte de mi pulmón se había quedado enganchada, y de ahí venían los problemas. Me confirmaron que la sangre que había expulsado por la boca, aquellas Navidades, también se debía al accidente. ¡Con razón me pareció tan extraño el diagnóstico anterior! El tratamiento que me dieron fue tomar antibiótico la primera semana de cada mes durante un año. Podía hacer vida normal, con la recomendación de dejar de fumar.

En noviembre de 1988, llegó mi mayoría de edad. ¡Dieciocho añitos por fin! Mi principal objetivo entonces era sacarme el carnet de conducir.

Ese mismo año, en diciembre, me tocó vivir mi primera huelga general. No había nada abierto, ni comercios, ni discotecas, nada. Me tenía que quedar en casa y, la verdad, no lo llevé muy bien. Tras ver una película, "Speed", empecé a ponerme muy nerviosa, y tuve mi primera crisis de ansiedad. ¡Vaya susto les di a mis padres, pobres! Se me quedaron las manos agarrotadas, me faltaba el aire... ¡Me sentía fatal! Llamaron al médico de urgencias, que vino casa y me diagnosticó una crisis de ansiedad.

Al año siguiente, me puse las pilas con mi principal objetivo: sacarme el carnet de conducir. Al principio parecía bastante fácil, la verdad. La teórica me la saqué a la primera. La práctica ya fue un pelín más complicada. La primera vez que subí a examen, hice bien todo el recorrido, pero cuando llegué al final y el examinador me indicó que aparcara, lo hice en un bordillo raso y me subí a la acera. ¡Cateada!

Mi segundo intento también fue un fracaso. Subí con una amiga que estuvo a punto de chocarse, y me puse tan nerviosa, que fui incapaz de echar mano al volante. A la tercera, que dicen que va la vencida, así fue. Aunque fue muy gracioso, porque el examinador me dijo que me aprobaba, pero que otra vez intentara correr un poquito más. Tenía tanto miedo a volver a suspender, que me lo tomé con mucha calma. Aun así, ¡objetivo conseguido!

Ahora solo me faltaba un cochecito, y como mis padres tenían un amigo que trabaja en un concesionario, le pidieron que me consiguiera uno de segunda mano para aprender bien con él y “darle tralla”. Fue un Ford Fiesta rojo, pequeño. ¡Qué contenta estaba yo con mi Forfi!

CAPITULO 6. DESCUBRIENDO EL AMOR.

La tienda donde trabajaba, además de vender directamente al público, también eran mayoristas. En el local, había una parte trasera donde se guardaba el género, y un altillo, con un pequeño despacho, donde se llevaba el papeleo. Como el negocio iba en aumento, pensaron en poner a una persona para que gestionara todo el tema administrativo. Mi jefa tenía un hermano, Jordi, que estaba estudiando. Y puesto que en agosto del 88 se habían quedado sin padre, necesitaban ganar algo de dinero. Y así fue como le ofrecieron el puesto a Jordi.

Era un chico alto, delgado, muy tímido, de pocas palabras. Me lo presentaron. Por las mañanas, me gustaba subirle el café con leche. Así podíamos tener algo de conversación, aunque no mucho porque ¡estábamos trabajando!

Él vivía en Bellvitge y yo en Santa Eulalia, y los dos volvíamos a casa andando, así que aprovechábamos el recorrido para caminar juntos y charlar. Me sentía bien hablando con él. Una vez le pregunté qué hacía los fines de semana. Él me dijo que le gustaba estar en casa, en su mundo informático y con su heavy metal. Yo le dije que me encantaba ir a la discoteca y que cómo podía estar siempre metido en casa. ¡Con lo que a mí me gustaba salir!

¡Éramos tan distintos! Bueno, aunque compartíamos una afición: el fútbol.

Llegó agosto, y una de las hermanas de Jordi y de mi jefa, se casaba. Me invitaron a la boda. En el convite, me pusieron en la mesa de los sobrinos, que eran unos cuantos. Imaginad: una familia de cinco hermanos, con todas sus parejas e hijos. Yo me senté al lado de Jordi. ¡Qué bien! Fue un día muy bonito, me lo pasé genial. Hablamos, reímos, nos enseñamos los carnets de identidad... Y uno de sus cuñados nos dijo de broma: “¡Cuando en una boda alguien se enseña el carnet, acaba en boda!”. Nos hizo gracia. Cuando llegué a casa, maravillada, le conté a mi madre lo a gusto que me había sentido. Sobre todo, con Jordi.

CAPITULO 7. ALEGRIA Y TRISTEZA.

En verano del noventa, mis padres, mis hermanos y yo, hicimos un viaje por el norte de España en coche. Era mi oportunidad para conducir un poquito en carretera. Le dije a mi padre que me dejara, así él podía descansar. Eran tantos kilómetros... Aunque al principio se mostró un poco reacio, al final me dejó cogerlo en alguna ocasión.

El viaje fue muy bonito, descubriendo lugares preciosos. La ruta era muy divertida. Cada vez que decidíamos hacer parada, para pasar la noche, teníamos que buscar un hotel. Vimos de todos los colores, algunos con mejores prestaciones y otros no tan buenos.

El hotel de Pamplona, en plena Plaza Castilla (donde los Sanfermines), lo recordaré siempre, por lo rústico que era. Hasta el suelo crujía.

Hicimos también parada cerca de Santurce, íbamos de camino a Bilbao, cuando mi padre se dio cuenta de que se había dejado el carnet. Y como dice la canción: “Desde Santurce a Bilbao...” fuimos y volvimos un par de veces. Bilbao no nos gustó mucho. Nos pareció una ciudad muy gris, aunque me consta que actualmente está mucho mejor.

Después fuimos a San Sebastián, a la playa de la Concha. Nos pareció tan grande que hasta mi madre se perdió por un momento. Desde el Monte Igueldo, se veía toda la playa, cuando subía la marea. Era maravilloso.

Siguiendo la ruta, nos dirigimos a Cantabria. Cerca de Castro Urdiales, nos paramos para hacer noche, como siempre. No había mucho dónde escoger y preguntamos en un bar. Nos enviaron a una especie de pensión. La mujer que lo regentaba no nos hizo mucha gracia. Cuando vio a mi hermano Lluïset, hizo un comentario horrible: “Los niños así no deberían de existir”. ¡Qué mala bruja! ¿Quién era ella para hacer ese tipo de juicios? Nos

fuimos inmediatamente de allí hacia Castro Urdiales, donde encontramos un hotel precioso, en el paseo marítimo.

También visitamos Santoña, Santander, Santillana de Mar (un pueblo con una belleza cautivadora), San Vicente de la Barquera... Y seguimos el recorrido hasta llegar a Oviedo y, finalmente, a Galicia. Una tierra con mucho encanto, en cada lugar y rincón, y con una gastronomía exquisita. ¡Qué decir del marisco! No he probado nada mejor en ningún lugar. ¡Nos pusimos las botas! Incluso probé las ostras por primera vez. Hasta el camino de vuelta, fueron quince días sin parar, disfrutando en familia, al máximo.

Después de tanta alegría, llegó el mes de septiembre y mi hermano Lluïset empezó a estar muy raro. Con la mirada, me mostraba la puerta y me decía que se iba. Entonces yo le preguntaba: “¿Adónde te vas?” Y él miraba hacia arriba, hacia el cielo. “¿Al cielo te quieres ir?”, le decía yo. Y él con su gesto habitual de cabeza me respondía que sí.

El fin de semana del 16 de septiembre, mis padres y mis hermanos se fueron a Calafell, como tantos otros fines de semana, y yo me fui a la discoteca. Cuando volví y me metí en la cama, tuve una sensación muy extraña y me desperté sobresaltada.

A varios kilómetros de distancia, mi hermano despertaba a mi madre, con un quejido. Rápidamente fue a la cama donde dormía, y comprobó que su respiración era muy agitada. Rápidamente lo llevaron al hospital, con la desgracia de que, al llegar, había fallecido. Tuvo una parada cardíaca. ¡Con solo veintidós años! Mi hermano tenía una lesión en el cerebro que hacía que su organismo envejeciera mucho más rápido. Cuando mis padres volvieron a casa y me dieron la dolorosa noticia, me sentí muy triste. ¡Qué pena más grande! ¡Jamás te olvidaré, tete! Al día siguiente, tuvo lugar el entierro. Acudió muchísima gente, entre ellos, Jordi.

La vida continuaba. Tenía que continuar...

CAPITULO 8. PRIMERA CITA.

Transcurridos unos días, concretamente en octubre, mis jefes nos dijeron, a Jordi y a mí, si queríamos ir a ver al Barça. Tenían carnets de socios y nos los dejaban. Así que, el 20 de octubre, Jordi y yo tuvimos nuestra primera cita: ¡en el Camp Nou!

Quedamos en la puerta del Kizás, para subir andando al campo. Me impresionó mucho ver las dimensiones del campo, no tenía palabras. Entre gritos de ánimo y goles, disfruté como nunca con Jordi. El partido era contra el Sporting de Gijón. Y ¡Ganamos! Después nos fuimos a cenar a un bar de Santa Eulalia, el bar Serra (que todavía se mantiene abierto). Una buena hamburguesa, cerveza, risas... ¡Fue genial! Y, como se nos hizo tarde, lo llevé en coche a Bellvitge. Al llegar, nos dimos los teléfonos, para quedar al día siguiente, y yo lo apunté en una tarjeta del *Vaya Vaya* (¡que todavía conservo!).

Pero lo mejor del día llegó en el momento de la despedida, cuando nos dimos un intenso beso. Jordi estaba nervioso, con los labios apretados... Era la primera que vez que besaba a una chica. Jamás lo olvidaré.

A partir de entonces empezamos a quedar los fines de semana de forma habitual. Aunque también teníamos el privilegio de vernos en el trabajo. ¡Éramos novios!

Al mes siguiente, a finales de noviembre, Jordi tenía que incorporarse a filas y cumplir con el servicio militar. Ahora no es obligatorio, pero en entonces sí lo era. Le había tocado Zaragoza como destino, lo que implicaba un año yendo y viniendo. Al principio fue duro, recién empezábamos nuestra relación y ya teníamos que separarnos.

El día de su partida a Zaragoza, nos costó mucho despedirnos. Nos besamos de forma intensa, en la estación, como si no hubiera un mañana. Y yo volví al trabajo, esperando su llamada cuando llegara y estuviera bien instalado.

Llegó diciembre, Jordi tenía que hacer la jura de bandera. Una ceremonia, que se hacía al poco tiempo de empezar el servicio militar. Los soldados rasos tenían que jurarle lealtad a la bandera. Quería compartir ese momento con él, pero finalmente no pude ir. En el trabajo no me dieron el día libre y me enfadé mucho. Aunque me consolaba saber que vendría de permiso a casa y nos veríamos. Estaba deseando abrazarlo, besarle, contarle cómo eran esos días sin él.

Una vez hecha la jura, le destinaron seis meses al campo de maniobras de Zaragoza, controlando la centralita de teléfono. ¡Qué suerte! ¡Pasamos horas y horas hablando por teléfono, a costa del ejército! Porque, en aquella época, no existía el teléfono móvil.

Los otros seis meses, al ser hijo de viuda, era probable que lo destinaran a Barcelona, pero aún no estaba seguro.

Las Navidades de ese año fueron un pelín tristes, eran las primeras como novios y no las pudimos disfrutar juntos... ¡Ya llegarían otras mejores!

Cada vez que venía de permiso, el fin de semana, nos pasábamos las tardes en el coche, en mi "Forfi", escuchando toda clase de música. Decidimos que nuestra canción sería: *Still Got the Blues* de Gary Moore. ¡Una balada preciosa! Las canciones de Héroes de Silencio también sellaron nuestra relación. Entre canción y canción, nuestros cuerpos se rindieron a la pasión, descubriéndonos, el uno al otro, por primera vez, y perdiendo así nuestra virginidad.

Los domingos lo acompañaba a la estación de autobuses. ¡Qué pereza cada vez que tenía que irse! Dejé caer más de una lágrima...

Los fines de semana que no tenía permiso para venir a casa, nos los pasábamos charlando por teléfono, horas y horas, para explicarnos nuestro día a día. Nos contábamos lo mucho que nos echábamos de menos y nos despedíamos siempre con un “te quiero”. Mi madre me llamaba la atención, por estar tantas horas pegada al teléfono.

En una ocasión, el susto que me dio fue tremendo. No se le ocurrió otra cosa que apostarse con un compañero que era capaz de beberse una botella entera de vino tinto de un golpe. Me llamó y empezó a contarme lo mal que se encontraba. Él en Zaragoza y yo en Barcelona. ¿Qué podía hacer para ayudarlo? ¡Nada! “Ay, qué malo estoy, qué malo estoy”, me decía. Y yo, desde el otro lado del teléfono le pedía que hiciera el favor de buscar ayuda y decírselo a alguien. ¡Qué locuras se hacían en la mili! Finalmente, se desplomó y, los compañeros que estaban allí, lo llevaron al botiquín. Todo quedó en una anécdota, un susto... Aunque la bronca que le di fue sonada...

También nos gustaba escribirnos cartas. Aún las tengo guardadas. Tan bonito, tan sencillo, tan romántico... Esperando que siempre hubiera una de ellas en el buzón. ¡Qué lástima que hoy en día ya nadie se escriba cartas!

Un domingo de mayo, fui a llevarlo a la estación de tren como era habitual. Tras nuestra despedida, al día siguiente, fui a trabajar. Nada más empezar el día, acabábamos de abrir la tienda, él se presentó en la puerta. ¡No me lo podía creer! Acababa de despedirlo la noche anterior, y justo lo tenía en frente. ¡Qué inmensa alegría! Le habían concedido el traslado a Barcelona. Lo abracé, lo besé, loca de contenta.

Los seis meses restantes, más que mili, se convirtió en una especie de trabajo para él. Tenía que ir, de lunes a viernes, a las oficinas de Comandancia militar de Barcelona. Vamos que iba en metro, con un horario, como si fuera una jornada laboral. Con lo que nos podíamos ver cada día. Algún fin de semana le tocaba guardia, pero ya no era tan duro como cuando tenía que ir a despedirlo a la estación de autobuses.

Y así, día tras día, mes tras mes, llegó el momento en el que por fin le dieron “la blanca”. Es decir, que cumplió con todo el tiempo del servicio militar.

Ahora le tocaba buscar trabajo. Aunque yo ya recibía mi mensualidad, queríamos forjarnos un futuro juntos, con lo que era necesario que él también trabajara.

CAPITULO 9. CONOCIÉNDONOS.

Mientras, se estaba preparando una muy gorda en Barcelona. ¡Llegaban las Olimpiadas! ¿Recordáis que tiempo atrás me apunté para ser voluntaria olímpica? Pues bien, recibí una carta conforme era aceptada como voluntaria. No cabía en mí, de la ilusión que me hizo. Me apunté a algunos cursos, me dieron la equipación que debía llevar, e hice varias entrevistas, alguna de ellas en francés. Me sentía importante. Como Jordi todavía no trabajaba de manera continuada, pregunté si podía ser también voluntario olímpico y accedieron.

Al ser los dos de L'Hospitalet, nos tocó hacer el voluntariado en el campo de beisbol. También asistimos juntos al ensayo de la inauguración de los Juegos Olímpicos, en el Estadio de Montjuïc. Todos los voluntarios estábamos invitados, junto a prensa, deportistas... ¡Menudo privilegio verla antes! ¡Fue una maravilla! ¡Espectacular! ¡Hacíamos historia!

Jordi y yo compartimos juntos esa fantástica experiencia. Nuestra labor en el estadio de beisbol era controlar los accesos, para que no hubiesen altercados, indicar al público dónde debía sentarse... En fin, que estábamos muy entretenidos. Recuerdo a Cuba y Japón, jugándose la medalla de oro. Los jugadores de ambas

selecciones nos regalaron pelotas de beisbol firmadas, que aún conservo.

Mis padres hicieron sus bodas de plata. Veinticinco años de casados. Hicimos una pequeña fiesta en casa. Compartimos con toda la familia. Fue la primera vez que estaban juntos mis padres y mi suegra. En algún momento debían de conocerse. Después, partieron de viaje a Italia, para celebrarlo. Aunque no todo fue cómo esperábamos. Tuvieron que volver rápidamente del viaje, por una hernia de mi padre. Por suerte, todo se solucionó de forma positiva: rápido a urgencias, quirófano y listo. Como el estadio de beisbol se encontraba además enfrente del hospital, alternábamos las horas de voluntariado con las visitas a mi padre.

Durante los siguientes cinco años, tuvimos varios cambios laborales. Yo tuve que marcharme de la tienda (trabajar en una empresa familiar a la larga trae más problemas que beneficios). Pero estoy contenta de haber tomado esa decisión, pues mi mundo laboral se expandió. Encontré trabajo en una cadena pequeña de supermercados, donde me convertí en responsable de la sección de la charcutería. A su vez, aprendí todo lo relacionado con la pollería y la carnicería. Allí conocí nuevos compañeros e incluso coincidí con una prima de mi padre, casualidades de la vida.

También descubrí mi amor por los animales. Trajeron al supermercado un cachorrito precioso y me enamoré de él al instante. Era tan pequeño y peludito, con aquella carita tan linda... Hablé con Jordi por si sabía de alguien que lo adoptara, y me comentó que una tía suya estaría encantada. Me lo llevé a casa de mis padres, para entregárselo a su tía. Pero, en el momento en que lo vieron mis padres, se enamoraron también. Así que finalmente se quedó en mi casa, con mis padres, y le llamamos "Peki".

Jordi iba teniendo sus contratos temporales, en tiendas de electrodomésticos, durante las Navidades, pero no encontraba nada fijo. Aunque hizo algún curso de antenas, todo vinculado con la electrónica, que era lo que había estudiado, no acababa de tener suerte a nivel laboral.

Pero no todo era trabajo. Como tenía mi "Forfi", empezamos a hacer rutas. A veces nos íbamos solos, y a veces con su madre y sobrinos. Recorrimos muchas zonas de Catalunya, pueblos emblemáticos como Besalú... Y también playeros, como Playa De Aro, con una cala preciosa "Fanals", Tossa de Mar... En fin, unos cuantos parajes maravillosos.

De entre todos ellos, uno de los que más nos marcó fue un viaje que hicimos a Andorra. Era la primera vez que pasábamos un par

de noches fuera de casa, los dos juntos, como un par de tortolitos,
en una habitación de hotel. ¡Qué bonito recuerdo!

CAPITULO 10. UN VIAJE INESPERADO.

Por esas mismas fechas, inauguraron las galerías comerciales de Bellvitge (Marina Center). La hermana de Jordi (a quien todos llamaban "Lili") abrió allí una perfumería y acudimos a la fiesta de inauguración del centro. Ese día sorteaban un viaje a Tenerife y... ¿Adivináis a quién le tocó? Pues sí. ¡A nosotros!

Encantados, hicimos las maletas y... ¡para Tenerife que nos fuimos! Fue un viaje bonito que nos ayudó a conocernos mejor. Compartimos muchos momentos. Éramos dos enamorados en un maravilloso viaje. Aunque aún no nos habíamos casado, nos sentimos como si estuviéramos en una primera Luna de miel.

Alquilamos un coche y yo conducía, pues Jordi aún no tenía el carnet de conducir. Recorrimos toda la isla, de arriba abajo. Visitamos lugares entrañables, como el Teide. En aquella época aún se podía subir arriba, con un teleférico. La altura era impresionante. Me faltaba el aire. Aunque estaba prohibido, confieso que cogimos un par de piedras volcánicas de recuerdo.

Todas las playas tenían su encanto. La mayoría eran de arena oscura, pero también había una de arena blanca. Acantilados preciosos. Hasta unas piscinas naturales en el mar.

Aunque el hotel no era de los mejores, solo íbamos por la noche. El resto del día hacíamos excursiones por toda la isla. Visitamos el parque “Loro Park”, lleno de guacamayos. Los dos compartíamos nuestro amor por los animales y aquellas aves maravillosas, de gran colorido, nos encantaron.

Durante esos días, tuvimos un pequeño percance con el coche. Un turista inglés nos dio un golpe por detrás. Menos mal que estaba la policía local para mediar entre nosotros, porque no había quien se entendiera. Quedó como una anécdota más.

Otro día, cogimos un Ferry y fuimos a la isla de la Gomera. ¡Qué lugar más bello!, con sus paisajes y costumbres. El guía nos contó que allí se comunicaban mediante un silbido y nos pareció muy curioso. También nos llamó mucho la atención el contraste de sus parajes. De repente una zona seca se transformaba en una otra totalmente verde. ¡Impresionante!

Fue a la vuelta de aquel viaje y de aquella bonita experiencia que empezamos a pensar de manera más seria en nuestro futuro.

CAPITULO 11. PLANEANDO EL FUTURO.

Poco después, Jordi encontró un trabajo más estable, como vigilante de seguridad. No era el empleo ideal, puesto que tenía que trabajar muchos fines de semana, en Navidades, y hacer turnos de hasta doce horas. Pero era lo que había. Y, bueno, quien algo quiere... algo le cuesta.

Dentro de los servicios que hizo, uno de ellos fue en el Grupo Z. Allí le hicieron un reportaje fotográfico, junto a un compañero, vestidos de vigilantes. Sus fotos se publicaron incluso en una revista. ¡Mi chico salía en las revistas!

Jordi trabajó como vigilante en diversas empresas. Recuerdo que, en una de ellas, yo iba a visitarlo. Le llevaba el bocadillo de la cena y pasaba un rato con él. Aunque sabíamos que no se podía hacer, nos arriesgábamos, tentando a la suerte. ¡Era toda una aventura! Y ya se sabe que lo prohibido puede ser una tentación.

En cuanto a mí, también cambié de trabajo. Dejé aquella pequeña cadena de supermercados, para entrar en una cadena de autoservicio de carne: pollo, cerdo... con una amplia sección de jamones. Me apasionaba cortar jamón. Y, a los pocos meses, me

hicieron encargada de tienda. Llevar un equipo de personas, gestionar los pedidos, controlar la caja... En fin, todo me gustaba.

Durante esa época, Jordi aprovechó para sacarse el carnet de conducir. Así que, en nuestros viajes, ya nos podíamos ir turnando. Aunque teníamos mi coche, él quería uno... Todavía no imaginaba lo que le sucedería al mío poco después.

Fue un viernes por la noche. Era un viernes algo más especial que cualquier otro, pues al día siguiente era mi cumpleaños. Y como cada viernes, fuimos a cenar a casa de su madre, para pasar un ratito juntos. Queríamos hacer tiempo hasta las doce pasadas, para que pudiera felicitar me por mi cumpleaños y darme un regalito. Sin embargo, cuando bajamos a la calle y me acompañó al coche para irme a casa, ¡sorpresa! Mi coche estaba empotrado a un árbol, junto a dos coches más. Un conductor ebrio se había llevado por delante los tres vehículos. Con la mala suerte de que el mío fue el que más impacto recibió. ¡Vamos, siniestro total! Al menos un amable vecino dio aviso a la Guardia urbana, pues el autor del golpe se había dado a la fuga, y con la matrícula pudieron dar con él. Cuando lo vi, ¡me lo hubiese comido! ¡Estaba indignada! Tal era mi enfado que, en ese momento, era capaz de soltarle cualquier cosa. Uno de los agentes incluso me advirtió de que podría caerme una multa si le decía algo... Un tiempo después, tras una larga lucha, idas y venidas al juzgado, puesto que lo declararon insolvente, conseguí una indemnización. Ya no

tenía mi “Forfi”, pero, al menos, con ese dinerillo, podría ahorrar un poco.

Al quedarme sin coche, Jordi decidió comprarle el coche a su cuñado. Un Opel Kadet, negro... ¡Una pasada de coche! Un deportivo, brutal. ¡Qué farde de coche!

Ya teníamos coche de nuevo, trabajo estable y algo de ahorros... Hasta nos compramos un cachorrito de Yorkshire. Le llamamos “Cobi”, como a la mascota de los Juegos Olímpicos de Barcelona, en honor a nuestra etapa como voluntarios.

Así que era el momento de tomar una decisión sobre nuestro futuro. ¡Queríamos casarnos!

Fue entonces cuando empezamos a buscar piso. Haciendo números no nos daba para uno nuevo, así que debíamos buscar uno de segunda mano. Nuestra única duda era la zona: ¿Santa Eulalia o Bellvitge? Al final, nos decantamos por Bellvitge, pues los precios eran algo más asequibles y es un barrio bien comunicado y con buenos servicios. Metro, dos mercados, líneas de autobuses, colegios, parques...

Fuimos a ver varios, cuando, de repente, nuestro cuñado nos pasó el contacto de un matrimonio que vendía su piso. Me acordaré siempre. Fue una Noche Buena cuando fuimos a verlo. El matrimonio, muy agradable, por cierto, nos enseñó su casa. Tenían hasta la mesa de Navidad preparada. Había un arco muy especial en la entrada que nos llamó la atención. Las habitaciones se veían muy bien, bastante amplias. El comedor y la cocina nos parecieron también geniales. El baño un pelín pequeño, pero no era ningún inconveniente. Faltaba saber el precio... Once millones de las antiguas pesetas.

Aunque les dijimos a los propietarios que nos lo pensaríamos y que les daríamos respuesta en breve, la verdad es que los dos lo tuvimos claro nada más salir de allí. ¡Era nuestra casa!

En febrero del 97, firmábamos ante notario la compra venta del piso. ¡Ya era nuestro!

¡Qué sensación más intensa pisar el suelo de nuestra casa!, ¡de nuestro hogar! Pintamos e hicimos algunas reformas... En la cocina nos ayudó uno de nuestros cuñados, a quien le gustaba la carpintería. Y poca cosa más. El baño, de momento, tendría que esperar.

Recuerdo que nos regalaron un puzle de diez mil piezas, de la ciudad del Vaticano, y que nos propusimos convertirlo en nuestro cuadro del comedor. Cada fin de semana, mientras pasábamos un ratito juntos, en nuestro pisito, haciendo arreglos y completando el puzle, empezamos a ver claro que el siguiente paso era la boda.

La duda era si hacerlo por lo civil o por la iglesia. Tanto Jordi como yo éramos ateos, pero sabíamos que mi suegra y mis padres preferían que fuera por la iglesia. A mi padre le hacía mucha ilusión llevar a su hija al altar. Así que, solo por eso ¡valía la pena!

La decisión estaba tomada. Nos fuimos a hablar con el cura de la iglesia de Sta. Eulalia y buscamos una fecha. La elegida fue el 6 de junio del 98. Sería el 6 del 6 a las 6 horas. Los buscamos expresamente, pues a los dos nos vino a la memoria lo mismo: *“six six six The Number of de beast”*. Una canción de un grupo heavy que le gustaba mucho a Jordi.

El siguiente paso fue buscar el restaurante para poder hacer el convite. Visitamos varios, hasta que dimos con el hotel restaurante “El Bruc”. Situado cerca de las montañas de Montserrat. Me gustaba mucho la idea, pues una de mis ilusiones era que nos casáramos allí, en el monasterio. Pero como el

tiempo de espera era de dos años, elegimos la iglesia de Santa Eulalia.

Recuerdo que hicimos un curso en la parroquia, donde se trataban temas cotidianos de pareja. Nos parecía un tanto aburrido, pero como era obligatorio no teníamos más remedio que asistir. También hubo un detalle que no nos gustó mucho. El cura de la iglesia nos dijo que si teníamos dinero para vestidos, convite y demás... bien podíamos dar una buena aportación a la iglesia. Entre lo poco que creíamos y el cura pidiendo dinero... En fin.

La semana antes de la boda, nos prepararon la típica despedida de solteros. Lo habitual: cenita, sala de fiestas, ¡y algún striptease!

CAPITULO 12. ¡SÍ, QUIERO!

Y llegó el momento. El día más esperado de mi vida. Nuestra boda. Como era por la tarde, tuvimos tiempo suficiente para prepararnos. Recuerdo que el día estaba bastante nublado y que solo esperaba que no lloviera.

Lo primero era peinarme, así que me levanté temprano para ir a la peluquería. Me hicieron un recogido muy bonito. Tenía cierta semejanza al que lució mi madre el día de su boda, aunque algo más moderno.

Ese día comimos temprano, puesto que tenía que venir la maquilladora, el fotógrafo...

Me preparé con todo el atuendo de una novia: lencería de encaje, un ligero azul, como indica la tradición, con unas medias muy sexis, mi vestido de princesita, con una cola larguísima, y zapatos de tacón, pues tenía que estar a la altura.

Siguiendo la tradición, mi hermano, el padrino de boda, me trajo el ramo de novia y me leyó el verso dedicado a la novia. Estaba

escrito en un libro precioso, con una rosa de cerámica. Cuando empezó a recitármelo yo quería contener las lágrimas, pero me fue imposible. ¡Había tanta emoción en sus palabras! Diría que ambos lloramos...

Mientras, Jordi se vestía en casa de su madre y hacía su sesión de fotos, esperando el momento...

Alquilamos un coche, un Opel Vectra, elegante y señorial. Adornado con unas preciosas flores, unos lazos que habíamos preparado nosotros mismos y que, a su vez, repartimos a todos los invitados, para ponerlos en sus coches. Lo conducía mi hermano, como padrino que era, y en el asiento de atrás, íbamos mi padre y yo. Y justo cuando llegamos a la iglesia, se puso a llover. Apenas fueron unas gotas, pero fue suficiente para que se estropeará el día. Aunque ni la lluvia pudo con la felicidad que sentíamos.

Al bajar del coche, mi padre me colocó bien la cola. La iglesia tenía como unos treinta escalones hasta la puerta. Prácticamente todo el largo de la cola. Impresionante...

Al llegar a la puerta, nos esperaban los niños que nos acompañarían hasta el altar, llevando los anillos. ¡Tan bonitos!

La marcha nupcial sonó al tiempo que mi padre y yo entrábamos en la iglesia. Durante el recorrido, mi padre me dijo que le temblaban las piernas y sus palabras me emocionaron mucho.

Y allí estabas tú, mi amor, mi vida, esperándome en el altar. Tan guapo, tan elegante, con esa planta que tenías, de metro ochenta. ¡Qué ganas de abrazarte y de besarte en cuanto te vi!

La ceremonia fue bastante rápida. No queríamos que se alargara mucho el tema religioso, así que deseábamos que el cura pronunciara pronto la famosa frase: “Jordi, ¿quieres por esposa a Montse...?” y viceversa. Como en las películas. Después, nuestro “¡Sí, quiero!”, los anillos y... “¡Podéis besaros!”. El momento más esperado.

Una vez finalizada la ceremonia, tras la lluvia de arroz, nos hicimos las fotos en la puerta de la iglesia, justo al final de las escaleras con toda la familia, amigos, etc. ¡Hasta nos hicimos una foto con mis compañeros de trabajo, rodeados de jamones!

Después, nos fuimos a Montjuïc, para hacernos las fotos. Por cierto, mientras los invitados se dirigían hacia el restaurante, bajo

una lluvia torrencial, a nosotros, en el reportaje, no nos cayó ni una gota. ¡Menos mal!

La entrada al restaurante fue divertida, con música y mucha marcha. Todos los invitados no estaban esperando ya para el “pica pica”. Después nos sentamos a saborear el menú que habíamos escogido. Y más tarde, llegó el pastel nupcial, con aquella espada descomunal, para hacernos la foto típica de recién casados.

Mientras unos músicos amenizaban la velada, hubo de todo: reparto de puros, recordatorios, paseo por las mesas de los invitados... incluso lanzamiento de mi ramo entre las solteras. Uno de nuestros sobrinos nos dedicó incluso una canción y nos cantó “La Flaca”.

Antes de abrir el baile, también tuvimos una sorpresa al presentarse allí “La tuna”, un grupo de estudiantes universitarios que iban de boda en boda interpretando alegres y divertidas canciones. Jordi incluso me sorprendió uniéndose a ellos cuando un tunero le puso una capa, para que cantara. ¡Con lo serio que era! ¡No me lo podía creer! ¡Lo que se hace por amor!

Finalmente, abrimos el baile con un vals. Aunque a Jordi no le gustaba bailar, hizo el esfuerzo. ¡Qué felicidad sentíamos! Tras el

vals, llegó una canción lenta, una balada que guardaré siempre en mi recuerdo: *Sacrifice*, de Elton John.

El baile finalizó con: “Amigos para siempre”, una canción muy simbólica para todos los asistentes.

Como estábamos en el Hotel Bruc, y tenía una discoteca, llamada “Bruc Bananas”, seguimos allí con la fiesta. Después, nos retiramos por fin a descansar a la habitación del hotel. Algunos invitados se quedaron a pasar la noche allí, igual que nosotros, gentileza del propio hotel. De la noche de bodas, poco puedo contar, estábamos tan cansados...

Al día siguiente, como el hotel estaba cerca de las montañas de Montserrat, subimos al monasterio. Hacía tanto frío, que me castañeteaban los dientes. Llevaba un vestido negro de tirantes que me había comprado para la ocasión... ¡No imaginábamos que haría ese frío en pleno junio! Suerte que Jordi llevaba traje y me prestó su americana. ¡Todo un caballero!

Y por fin llegó la luna de miel y nos pusimos rumbo a Cuba. Fue un viaje inolvidable a una isla muy emblemática. El vuelo se nos hizo un poco largo. Eran cerca de nueve horas, haciendo escala en el aeropuerto de Madrid.

Casi a punto de llegar al aeropuerto José Martí de la Habana, nos sorprendieron unas turbulencias bastante moviditas. La verdad es que sentimos bastante miedo. En el vuelo viajaba el equipo de baloncesto femenino cubano, y hasta ellas (que estaban acostumbradas a viajar) se asustaron mucho. Cuando empezaron a gritar, Jordi y yo nos extrañamos y comentamos entre nosotros: “Si ellas, que suelen volar a Cuba se ponen así... ¿qué estará pasando realmente?”. Por suerte, todo se quedó en una anécdota.

Aterrizamos de manera correcta y pisamos suelo cubano. En el control, nos pidieron los pasaportes y nos preguntaron por el motivo de nuestro viaje. Impresionaba ver a policías con metralletas, a nuestro lado... en un país con medio bloqueo, todo tan controlado...

Jamás olvidaré la belleza y el encanto de La Habana. ¡Qué maravillosa gente habita en ese lugar! Ofreciendo su casa sin pedir nada a cambio. Agradecidos por los medicamentos que llevamos, y por los bolígrafos y chicles que teníamos para los niños.

Durante esos días, recorrimos el Malecón, los mercadillos, los museos, las playas paradisíacas... También visitamos la mítica

“Bodeguita del Medio” y hasta montamos a caballo por primera vez y nos pusimos unos caimanes en el cuello...

En la fábrica de puros compramos Habanos y, por supuesto, nos fumamos uno enorme. También bailamos en medio de la calle, al ritmo del son cubano. Una de las veladas fue en el famoso cabaret cubano “Tropicana”. ¡Estábamos extasiados con todas las experiencias que vivimos! ¡Tan llenos de amor!

También fuimos a Varadero, una zona muy turística, con sus playas paradisíacas y sus fantásticos cayos. Aunque para nosotros lo mejor de todo fue La Habana. Los dos coincidíamos en que, si alguna vez volvíamos a visitar la isla, iríamos de nuevo, sin dudarlo, a La Habana. Aunque entonces no podía ni soñar con repetir de nuevo aquel viaje.

CAPITULO 13. ¿AUMENTAMOS LA FAMILIA?

Seis meses después de la boda, decidimos que era el momento de aumentar la familia. Llevaba varios años tomando pastillas anticonceptivas, así que las dejé y empezamos a probar suerte. Sin embargo, pasó un mes, otro, y otro más... y el bebé no llegaba.

Lo cierto es que se convirtió en una especie de pesadilla. No había manera de quedarme embarazada, por más que lo intentábamos.

Fue tal el agobio que sentía por no conseguirlo, que hasta me influyó en el trabajo. Al estar en una tienda, las clientas no hacían más que decirme: “¿Cuándo te quedarás embarazada?” “¿Para cuándo el bebé?” “¡Ya hace meses que te has casado...!”

No soportaba la presión, así que me fui de allí, buscando algo de tranquilidad. Y entré a trabajar en la cadena Consum, como encargada de la sección de charcutería. Aunque duré poco. Al ser una cooperativa, al año de entrar, debía asociarme y aportar dinero. Y decidimos que no era el momento de desprendernos de cierta cantidad de dinero.

Tenía que seguir a nivel laboral, así que pensé que era el momento de un cambio radical. Me puse a estudiar, a reciclarme, haciendo un curso de contabilidad e informática. Tenía que ampliar mis conocimientos. Quería trabajar en una oficina y dejar de estar de cara al público.

Al finalizar el curso, hice unas prácticas en una gestoría y pude ver cómo era trabajar en una oficina. ¡Me gustaba!

Me apunté a la Inem (la oficina de empleo) para aquellas ofertas que hubiera a nivel administrativo y tuve la suerte de que me llamaron a los pocos días para hacerme una entrevista en una empresa textil. Necesitaban incorporar a una persona, para llevar el tema de facturación. ¡No me lo podía creer! ¡Justo lo que buscaba!

Mientras, Jordi también cambió de trabajo. Por fin dejó el ámbito de seguridad y entró a trabajar en una empresa de piezas de caucho. Al principio como operario y, después, como responsable de control de calidad. Allí conoció nuevos compañeros y una pareja que, tiempo después, tendrían mucho que ver en nuestras vidas.

Decidimos comprar un Yorkshire hembra y la llamamos “Nina”. Como ya teníamos el macho nos hizo ilusión buscarle una pareja. Eran como nuestros bebés. Nuestra afición a los animales era tan amplia, que incorporamos también un lagarto acorazado a la familia, y lo llamamos “Josep”, su tacto nos recordaba al del caimán que nos pusimos en aquella ocasión en el cuello. Canarios y periquitos también entraron en nuestra casa. Jordi de soltero ya se había dedicado a la cría de pájaros, así que retomó la afición, pero en casa.

Más cambios... Como los dos habíamos cambiado de trabajo, aunque el bebé no llegaba, decidimos comprarnos otro coche. El elegido fue un Opel Vectra, igual que el de nuestra boda. Nos gustó tanto en esa ocasión, que nos decidimos por ese modelo.

Por cambiar, ¡hasta cambió la moneda de nuestro país! De la mítica peseta, pasamos al euro. ¡Qué follón! ¡Cuántos cálculos al principio, haciendo la conversión! Aunque, poco a poco, nos fuimos acostumbrando.

Mi hermano y mi cuñada se casaron. Fue una boda muy bonita. Ver a mi hermanito pequeño casarse fue muy especial. ¡Nos estábamos haciendo mayores!

CAPITULO 14. ¡A POR TODAS!

Pasaron cuatro años más y yo seguía sin quedarme embarazada. Decidimos consultar con nuestro médico de familia y nos derivó al hospital de Vall d' Hebrón, para que nos hicieran un estudio de fertilidad. Había mucho amor entre los dos, pero no era suficiente para procrear.

Empezamos con las pruebas para ver si éramos compatibles. Tenían que analizar la calidad de los espermatozoides, comprobar la permeabilidad de mis trompas de Falopio... En fin, todo lo que el protocolo de fertilidad conlleva.

El primer tratamiento que nos dieron constaba de una medicación de ayuda y de un calendario para que calculáramos los días fértiles para tener relaciones sexuales.

La verdad es que resultaba un tanto frío. Tener relaciones cuando el calendario lo marcaba... Era lo que nos tocaba vivir, no podíamos rendirnos.

Pero no funcionó. Y decidimos ir a por todas. Los médicos nos decían que el peor pronóstico es que no haya pronóstico.

La propuesta fue hacer un tratamiento de inseminación. Suponía pincharme la barriga determinados días para sobreestimular la producción de óvulos y no tener relaciones, durante unos días, para mejorar la muestra de los espermatozoides. Estábamos dispuestos a todo con tal de conseguir el tan anhelado embarazo.

Llegó el momento de la extracción de la muestra, de la manera más amorosa posible, para posteriormente introducirla en mi aparato reproductor y que hiciera su camino correspondiente.

El primer intento fue fallido, pero en el segundo... ¡Por fin! El embarazo se había producido.

¡No nos lo podíamos creer! ¡Estábamos embarazados! Inmediatamente se lo comunicamos a mi suegra, a mis padres, a mi hermano, a los hermanos de Jordi, a toda la familia, vamos. En nuestros respectivos trabajos... ¡A todo el mundo que conocíamos! Era tal la ilusión de un embarazo tan deseado...

En la primera ecografía, gran sorpresa, oímos el latido del corazón, pero no de uno ¡de dos! Sí, sí, ¡eran ¡gemelos! Bueno, mejor dicho, mellizos, puesto que estaban en diferentes bolsas.

Hasta nos compramos un monovolumen, pues el aumento de familia era considerable.

Los primeros meses: controles de analíticas, ecografías... Aunque lo justo. Al ir por la Seguridad Social, el control no era tan exhaustivo como en la sanidad privada. Todo iba viento en popa... Hasta los nombres los teníamos pensados. Como nos dijeron que eran niño y niña, se llamarían Ernest y Ainhoa.

Sobre la semana diecinueve de embarazo, empecé a tener pérdidas de sangre. Estaba asustada. Fui hasta tres veces a Urgencias. Allí me decían que era primeriza y que me lo tomara con calma. Pero yo le decía a Jordi que algo no iba bien, notaba algo extraño en mi cuerpo.

Ya en la semana veinte, un sábado por la mañana, me desperté sobresaltada y triste. Había soñado con un féretro blanco. Se lo conté a Jordi y le dije algo no iba bien. Era el cumpleaños de mi sobrino, fuimos a comprarle un regalo y a prepararle alguna sorpresilla para la fiesta que tenía preparada para la noche.

Ese día habíamos invitado a mis padres a comer y, durante el café, noté un fuerte y repentino dolor en el abdomen y un torrente de agua bajando por mis piernas... ¡Había roto aguas!

Inmediatamente, nos fuimos al hospital. “No te preocupes”, me decían las enfermeras, “aunque hayas roto aguas, el líquido amniótico se regenera”. Estaba llorando, muy asustada. La fiebre empezó a subir. Tras los resultados de la analítica, el pronóstico era el peor. El embarazo no podía seguir adelante. Tenía tal infección, que había que provocar el parto. Mi vida corría peligro.

¡Qué duro! Ni tan siquiera podíamos decidir entre los bebés y yo. A las veinte semanas de gestación era inviable que los bebés sobrevivieran, pues sus pulmones no estaban todavía formados. Así que, sería yo quien sobreviviera.

Me provocaron el parto. Sí, el parto. Veinticuatro horas pariendo, porque debían salir por parto natural, para poder hacer limpieza de todo lo interno. Jordi les decía que por qué no me hacían una cesárea y acabábamos rápido. Pero es la explicación que le dieron a Jordi y a mi madre, porque yo estaba como en otro mundo.

La tristeza invadió mi cuerpo y el de Jordi. Deseábamos tanto nuestros bebés. No podíamos creer lo que estábamos viviendo. Estuve una semana ingresada, recuperándome. Con mis crisis de ansiedad, que no me dejaban avanzar.

La vuelta a casa fue muy dura. Ya habíamos comprado algo de ropita, poca cosa, por el tema de las supersticiones... Pero, vaya, lo poco que había me generaba una pena inmensa.

Ernest y Ainhoa, desgraciadamente, se habían quedado para siempre en Vall d'Hebron para el estudio de la ciencia. Pero la vida continuaba y teníamos claro que queríamos ser padres, sí o sí.

CAPITULO 15. OTROS CAMINOS

Tras la pérdida tan grande de los bebés, se sumó que en septiembre Jordi tuvo una serie de problemas en su trabajo que, finalmente, acabaron en despido. Por lo visto, no se puede ser sincero con los jefes. Eso fue lo que le pasó básicamente a Jordi: acabó en la calle por decirles cuatro verdades.

El mundo se le vino abajo. Imaginad, el hombre de la casa se quedaba sin su trabajo, sin sus bebés... Parecía que el mundo se desmoronaba.

Aunque dicen que cuando una puerta se cierra, otra se abre. Y así fue...

Fue un domingo de noviembre, cuando nos llamaron al telefonillo de la portería. Era un amigo de Jordi, del partido político al que estaba afiliado. Y en ese momento mágico le dice: "Jordi, ¿Quieres entrar a trabajar en Seat?" Increíble. Jordi no podía creérselo... ¡Era el trabajo de sus sueños! Deseaba entrar a trabajar en la Seat desde que era jovencito. Todos sus amigos de la FP, al tener "padrinos", habían entrado nada más terminar los estudios de Electrónica. Pero él no tenía "enchufe", así que no había podido ser... Hasta ahora. ¡Ahora sí era una realidad!

Empezó con unos cursos y ese mismo año, en diciembre, ya estaba en la cadena de montaje.

En esas fechas, mi hermano y mi cuñada nos tenían que dar una noticia. No sabían cómo hacerlo, por nuestra reciente pérdida. Iban a ser papás. Me hacían tía. Sangre de mi sangre. Pese a mi estado de ánimo, me sentí feliz. Tiempo después, nacía mi sobrina, un bebé tan anhelado por toda la familia... Preciosa, con una carita muy linda. Una niña muy buena, un angelito. Eva.

Todo empezaba a ir rodado. Así que decidimos contratar un seguro médico privado. Tras la mala experiencia en la Seguridad Social, creímos que era lo más oportuno.

Nos habían llegado noticias de que en la clínica Dexeus hacían muy buenos seguimientos de fertilidad, así que contactamos con ellos. Durante las primeras visitas entregamos todos los informes que teníamos, las pruebas del embarazo... e incluso la autopsia de los bebés. Aportamos mucha información, pero la clínica, como es normal, decidió hacernos sus propias pruebas.

Revisaron de nuevo si mis trompas de Falopio eran permeables, si la muestra de esperma de Jordi era buena... Y seguíamos igual, todo estaba bien, sin problema aparente.

La propuesta fue hacernos una fecundación In Vitro. Aunque era un tratamiento algo más agresivo que la inseminación, nos pareció buena idea. Las garantías que nos daban eran muy cercanas al éxito. Como ya sabíamos que sí era posible un embarazo, teníamos que intentarlo de nuevo.

La preparación fue un pelín dura. Tenía que pincharme de nuevo la barriga, para sobreestimar mis ovarios y generar la mayor cantidad posible de óvulos. Estos, a su vez, tenían que ser fecundados en una probeta con la muestra de Jordi. Previamente con una pequeña intervención con sedación, con el fin de extraer los óvulos.

Llegó el momento clave. Fue un 7 de diciembre, tras fecundar de manera artificial, me introdujeron los embriones, dos exactamente (el resto los congelaron para otra ocasión, si así lo deseábamos). Sólo faltaba que se adhirieran a mí.

Pasados dos días, los dos muy nerviosos esperando que el milagro se produjera de nuevo, tras una prueba de sangre... ¡Buenas noticias! ¡volvía a estar embarazada!

Esperábamos la primera ecografía con mucha expectación, pues al haber implantado dos embriones, podría ser de nuevo un embarazo múltiple. Empezamos a oír el latido del corazón. Confirmado. Había un corazón, un latido.

En las siguientes ecografías, nos confirmaron que era una niña. Nos sentíamos felices y encantados. Ahora tocaba pensar en un nombre. He de reconocer que me daba mucho miedo, sentía mucho respeto. No podría soportar volver a pasar la misma experiencia que con “nuestros gemelos”.

El embarazo no fue fácil. Estuve varias semanas con pérdidas, con lo que el embarazo se convirtió en uno de riesgo. Entre los antecedentes que ya tenía y las pérdidas, toda cautela era poca.

Me vi obligada a coger la baja laboral bastante temprano. Aunque las cosas no andaban muy bien en la empresa, no podíamos correr ningún riesgo. Cuanto menos me moviera mejor.

Sobre la semana veinte de embarazo (crítica por el recuerdo), me llegó una notificación de que la empresa donde trabajaba cerraba. Venga. Por si no tenía bastante preocupación con el embarazo, me quedaba encima sin trabajo.

Pero lo más importante para nosotros era nuestra niña. Decidimos que se llamaría Judith, un nombre con mucha fuerza, como la que siempre hemos creído tener.

El embarazo ya estaba llegando a término y, a la semana cuarenta, fui a hacerme una ecografía. Mi madre me acompañó, dado que Jordi estaba trabajando. No quedaba líquido amniótico, con lo que debía de entrar rápidamente a quirófano, para practicarme una cesárea. ¡Todo el mundo a correr! Mi niña, nuestra niña, llegaba por fin.

Rápidamente, llamé a Jordi para que viniera corriendo a la clínica. A su vez, mi madre llamaba a mi hermano para que fuera a casa a por la bolsa del bebé y mis cosas de aseo y demás. ¡Menos mal que ya lo tenía todo preparado!

Viendo la parte buena de tanta carrera, es que no sufrí ni un dolor de parto. Justo cuando llegó Jordi, nos pudimos dar un besito y camino al quirófano.

La cesárea fue muy bien. Qué momento tan maravilloso, en el que oigo el llanto de mi niña. Con su carita redondita, mofletes rojitos, toda rechonchona ella. Era preciosa, preciosa. Ese llanto, con tanta fuerza como su nombre. El momento en el que me la

pusieron sobre mi pecho fue algo inolvidable. Nuestro primer contacto. El olor a bebé, olor a ella.

Después de hacerle los primeros test de control, estando todo de manera correcta, se la llevaron a Jordi para que la cogiera en sus brazos, puesto que no pudo estar dentro de quirófano. También la cogió mi madre, la tía.

Al poco tiempo, vino también mi padre para conocer a su nieta. Mi hermano y mi cuñada. La familia de Jordi... Todos estábamos muy felices.

CAPITULO 16. VIVA LA FAMILIA

Lo normal cuando hay una cesárea es salir a los cinco días de la clínica. No fue mi caso. Sobre el cuarto día, empecé a tener fiebre, ¿a qué era debido? Por lo visto, la herida de la cesárea se me había infectado. Tuvieron que abrir la herida, para poder limpiar toda la zona bien. Como ya no se podía suturar de nuevo, me ponían azúcar para cicatrizar. Nos contaron incluso, que era un método que utilizaban en la guerra, para cerrar heridas. Nos quedamos asombrados, pero lo cierto es que funcionó. En definitiva, después de once días, salíamos de la clínica. Por fin en casa con nuestro bebé.

El primer año de nuestra “cuconeta”, que así la llamábamos, fue toda una experiencia plácida. Memorizando y plasmando en fotos, cada momento. Su primera ducha, su primera sonrisa, su primera rabieta, sus tomas muy controladas, ¡Menuda glotona estaba hecha!

Le encantaba dormirse, con las canciones que le cantaba. Sobre todo, había una que siempre le gustaba mucho escucharla. “No

one” de Alicia Keys. Reconozco que canto fatal, pero con esta canción se dormía siempre... ¡Sería quizás de lo mal que cantaba!

Lo cierto es que era un bebé ejemplar. Comía y dormía, básicamente. Así que su crecimiento era muy bueno, siempre por encima de la media en cuanto a peso y longitud.

Estuvo tomando biberones de leche mía. Me la extraía, porque durante los primeros días, no había podido ponérmela al pecho por las molestias de la cesárea. Así que, con un sacaleches me succionaba los pechos para extraer la leche. La idea siempre había sido darle leche materna.

Pero mis pechos cada vez iban a menos, así que, a los cuatro meses, decidimos darle los biberones de leche artificial. Hoy en día hay unas leches muy buenas en el mercado, que aportan todas las vitaminas necesarias.

A los seis meses, le salió su primer diente. Muy precoz, como en el resto de las cosas. En los primeros dientes lo paso un poquitín mal. Hay niños cuya baba al salirle los dientes produce una especie de quemadura e irritación en la piel del culito. En su caso, fue en la cara, en la barbilla concretamente. En una ocasión

incluso, estando en una boda, todos los invitados nos preguntaban si se había quemado la cara.

Mientras, entretenida con la niña, el período de maternidad se me iba terminando. Con lo que tenía que ponerme las pilas a nivel laboral.

Un día, entré en la web de Caprabo para pedir la canastilla que habitualmente ofrecen a los clientes, llena de productos para utilizar para el bebé. Una vez solicitada, me di cuenta de que en una parte de la web ponía: “Si quieres trabajar con nosotros en Caprabo, envíanos tu curriculum”. Y así lo hice. Con la sorpresa de que, a los pocos días, me llamaron para hacer una entrevista.

Sorprendida por la rapidez con la que me llamaron, no acababa de creérmelo. Me presenté a la entrevista, con un psicotécnico incluido. Las sensaciones eran muy positivas. ¡Mi niña me daba buena suerte!

Tras la entrevista, a los pocos días, me llamaron para incorporarme a la empresa. ¡Milagro! Iba a trabajar a las oficinas de Caprabo. Entré como aprovisionadora en el departamento de logística. Conocí a muchísimos compañeros, mientras iba aprendiendo, día a día, todo lo relacionado con el departamento.

Nuevos programas informáticos, ampliar conocimiento... A día de hoy continúo trabajando en Caprabo.

La vida era muy fácil en aquel momento, llena de alegrías. Éramos una familia maravillosa, felices con nuestra niña. Felices en pareja y felices como familia. Hacíamos como otras muchas familias: salir de vacaciones, aprovechar los puentes para alguna escapadita... o bien disfrutando los fines de semana con juegos para nuestra peque.

Las primeras Navidades, creamos nuestro primer calendario con todas las fotos que teníamos de su primer añito. Algo que, con los años, acabó convirtiéndose en una costumbre. Papá Noel y los Reyes, viviéndolo a tope. Todo para nuestra niña nos parecía poco.

Durante el primer año, mi madre era la persona que se quedaba con la pequeña, mientras nos íbamos a trabajar. Con mi madre, estaba encantada, pero queríamos quitarle un poco de carga. Con lo que, a los dos añitos, decidimos llevarla a la guardería.

Nos decidimos por una pública. Pasamos un poco de nervios, hasta que salieron las listas de acceso. Una vez dentro, al principio, la llevábamos solo tres horas. Pero como veíamos que

estaba contenta, finalmente decidimos dejarla al comedor también. Poco a poco, se iba acostumbrando a no estar tantas horas con nosotros y aprender a compartir ratos y buenos momentos con más niños. Preparándose para empezar el colegio cuando cumpliera los tres añitos.

Llegó el momento de pensar cuál era el colegio más adecuado. Viendo las diferentes opciones, nos decantamos por el Jaume Balmes. Al igual que la entrada en la guardería, esperando una vez hecha la solicitud, cómo iba el tema listas, sorteo... Todo fue rodado, por puntos y sorteo, y logramos que entrara en este colegio. Jordi había estudiado allí desde pequeño, con lo que era más que un referente para él.

Los primeros días fueron algo difíciles, típico, los niños llorando porque quieren estar con sus padres, les cuesta... Aunque Judith ya estaba acostumbrada de la guardería, también lloraba. Decía que lo hacía porque los demás niños lloraban. ¡Solidaria con sus compañeros!

El curso fue pasando de lo más tranquilo, así que decidimos que era el momento de darle un hermanito o hermanita. De la fecundación in vitro, quedaban embriones congelados, así que hablamos con la ginecóloga, para llevar a cabo de nuevo el proceso. A ver si funcionaba...

Llegó el día de la implantación de los embriones. Me acompañó mi cuñada pues Jordi estaba con los turnos de la Seat y no lo podía cambiar. Estaba muy nerviosa, sabía que no era doloroso, pero sólo pensar si funcionaría o no me tenía algo asustada.

A los pocos días de la implantación, tenía una analítica para saber el resultado, si esos microscópicos embriones habían logrado adherirse a mi útero o no. Con la decepción de que no pudo ser. El resultado de la analítica fue negativo. ¡Menudo jarro de agua fría! Aunque no pensaba tirar la toalla.

Hablamos con mi ginecóloga de nuevo, analizando que otras opciones teníamos. Tenía casi cuarenta años y el tiempo jugaba en mi contra. Nos recomendó hacer una inseminación, mínimo un par de ciclos, podía funcionar. Le hicimos caso y fuimos a por todas. La sensación era de estar quemando el último cartucho. Había que probarlo.

Empezamos con todo el tratamiento y, tras varias ecografías de seguimiento, llegó el momento adecuado para llevar la extracción de espermatozoides de Jordi e implantarlo en mi cuerpo. Todo muy rápido, porque Jordi entraba en su turno del trabajo.

Con la doctora sentía una confianza tremenda, me transmitía mucha paz. En el momento de la implantación de la muestra, me acompañó mi madre. Tanto mi madre como yo nos quedamos asombradas por la forma de trabajar de la doctora. Parecía un juego. Ella dirigía la jeringa, mientras lo visualizaba todo en la ecografía, buscando el punto más adecuado para dejar la muestra dentro de mí. ¡Fue muy curioso!

A la semana siguiente, tenía que hacerme una analítica para ver los resultados. El viernes de esa semana, por la noche, había la típica cena de empresa. Fui sin pensarlo, hacía mucho tiempo que no salía. Así que lo di todo, bailando y bailando sin parar. Al día siguiente, en casa, empecé a tener pérdidas. Pensé que no había embarazo. No obstante, como las ansias no me permitían esperar a la analítica del lunes, decidí comprarme un test de embarazo.

El test dio positivo. ¡No podíamos creerlo! ¡Nos hizo mucha ilusión!, aunque reconozco que me entró un poco de miedo, e incluso culpa, por haber bailado como una loca dos días atrás. Como había tenido pérdidas de sangre, pensaba: “¿Y si lo he estropeado?”.

Cuando llegó el lunes y me hicieron la analítica, comenté que había tenido pérdidas. Me hicieron una primera ecografía para comprobar que todo estaba bien. Y así era. Me quedé más tranquila. Todo estaba bien. ¡Lo habíamos conseguido! De nuevo estaba embarazada.

Siempre estaremos agradecidos a la Dexeus, por haber logrado nuestro sueño, tan deseado, de ser padres.

El embarazo empezó bien, pero, a las veinte semanas de gestación, me detectaron un problema con el riego uterino, que se traducía posibles problemas con la alimentación del bebé. Nos asustamos mucho, pues ocurría justo en la semana veinte, como cuando perdimos a los mellizos. Nos dijeron que estuviéramos tranquilos y que, con un control exhaustivo, no habría problema. Total, que se convirtió en un embarazo de alto riesgo.

Pese a las adversidades, mantuvimos la calma. Hasta la semana treinta y seis de gestación. Fui al control habitual de correas. Le dije a Jordi que fuera a trabajar, que no hacía falta que me acompañara. Como era un control de rutina, le pedí a mi padre que me llevara. Nunca le ha gustado estar en hospitales. Así que le dije que se fuera y que ya le avisaría cuando terminara. No hacía falta que el hombre estuviera allí esperando.

En el momento de entrar, me pusieron las correas. Pero algo no funcionaba. ¡No se notaba movimiento fetal! Me dieron azúcar, me recomendaron comer algo, me removieron la barriga... Y nada, seguía sin haber movimiento. Con lo que, urgentemente, a quirófano. Tenía que nacer ya.

Llamé inmediatamente a Jordi, que se viniera lo más rápido posible porque estaba de parto. El pobre tenía que volver de Martorell. Veinticinco kilómetros eternos.

Avisé también a mis padres. Mi madre estaba con Judith. Nadie imaginaba, que el parto iba a ser tan rápido.

Cuando estaba en la sala de partos esperando, me entró una llantera descomunal. De repente, estaba allí, de parto, sola, muy sola.

En el momento de prepararme, poner la vía, la epidural... les pedí, por favor, que esperaran un poco más. Necesitaba ver a Jordi. Hasta el último segundo, apurando lo máximo posible... Y justo llegó él. ¡Qué sensación de alivio al verlo! Me dio fuerzas para continuar.

Dentro ya de la sala de partos, todo fue muy rápido. Al ser cesárea, tampoco pudo entrar Jordi. Oí su llanto, Marta ya estaba aquí. Qué cosita más chiquitina cuando me la pusieron en el pecho. Pese a lo pequeñita, era preciosa. ¡Qué carita más linda!

Al nacer a las treinta y seis semanas, pesaba poquito (2,100 kg). Al verla tan chiquitina, pensé que la tendrían que poner en la incubadora. Pero mi campeona estaba perfecta. ¡Qué alivio! Tras tanto correr, todo fue de maravilla.

Fuera de la sala de partos, ya se encontraban junto con Jordi mis padres y nuestra hija Judith. Deseando ver a su hermanita.

Una vez en la habitación, Judith quería coger a la pequeña en brazos. Le dejamos cogerla, con mucho cuidado.

Tras cinco días en el hospital, llegaba el momento de irnos a casa, pero, claro, suma y sigue a mis múltiples experiencias... Los intestinos se paralizaron, ¿cómo? Sí, sí, era un posible efecto secundario de la cesárea. Son casos escasos entre miles, pero como siempre a mí me tenía que pasar algo distinto a lo común.

Por suerte, me recuperé rápido y a los pocos días ya nos dejaron ir a casa. Ahora ya teníamos a nuestras pequeñas, nuestra familia montada. Todo era perfecto. Nuestro sueño de familia era una realidad. Decidimos que, aunque no la bautizamos, tuviera padrinos, por tradición. Así que les propusimos a nuestros amigos desde hacía muchos años, Alicia y Juan Carlos, que fueran sus padrinos.

Los primeros días en casa fueron algo especiales. Teníamos que actuar con tacto con Judith, pues de repente dejaba de ser la princesa de casa. Tenía que compartir con su hermana nuestro amor. Cuando hay un bebé junto a su hermano mayor, se tiene que cuidar mucho lo que se dice, lo que se hace... Así que decidimos hacer partícipe a Judith en todo lo referente a la peque. Cambiar pañales, bañarla, incluso preparar los biberones... De esa manera, Judith se sentía la hermana mayor que ayudaba en todo lo posible. Aunque, he de reconocer, que un poco de celillos sí tuvo.

Rápidamente, Marta fue ganando peso. Crecía de maravilla, era tragona y se puso rechonchona.

Nuestra vida era ideal, nos sentíamos felices. Cuando Marta tenía cuatro meses, decidimos hacer un pequeño viaje. No fuimos

Andorra a pasar unos días. Toda una experiencia con una niña de cuatro añitos y otra de cuatro meses. Maletas, biberones, pañales... el coche a tope. Pero valió la pena, disfrutamos mucho, Jordi y yo, con nuestras chicas.

Al año siguiente, en el colegio hubo una pasa de varicela. Judith la cogió de manera leve, con la mala suerte que le contagió a su hermana Marta. Digo mala suerte, porque al cogerla tan chiquitina era más complicado que no se tocara. Como tenía costumbre de dormirse siempre acariciándose ella misma la cara con sus manitas, aunque tenía las uñitas bien cortas, se hizo varias heridas infectándose toda la cara. La tuvimos que llevar corriendo al hospital de San Juan de Dios. Rápidamente le hicieron unas placas, pues corría el riesgo de que, al tener infección, tuviera infectados los pulmones con las llagas de la varicela. Por suerte no fue el caso y todo quedó en un susto.

Ya recuperada del todo, a los pocos meses, decidimos que Marta fuera a la guardería. Nos pareció que le iría bien. Hicimos los mismos trámites que con Judith, haciendo la inscripción en la misma guardería. Hubo suerte y entró.

La cuidadora que le tocó no era mucho de nuestro agrado. Era demasiado exagerada. En una ocasión, el susto que me dio fue

tremendo. Llegué a la guardería a buscarla, y empezó a gritarme: ¡No te asustes, no te asustes! De repente, no sabía que estaba pasando. Yo le decía: “Pero, ¿qué pasa con la niña?, ¿qué pasa?”. En definitiva, había recibido un mordisco de otro niño... y yo ya pensando lo peor. Al final no fue nada trascendental, un pequeño mordisco en la cara, sin importancia.

También exageraba en el crecimiento de la niña. Insistía en que le costaba caminar, le costaba hablar... Vamos, nada que no solucionara el paso del tiempo, pero la cuidadora no tenía ni una pizca de paciencia.

Allí estuvo dos años. Estábamos deseando que acabara la guardería y empezara el colegio. Aunque también hay que decir que había otras cuidadoras que eran una maravilla.

A los tres añitos, Marta, ya entró en el colegio Balmes junto a su hermana. Ya las tenía en el mismo centro y eso me generaba mucha tranquilidad. Conocíamos bien el entorno del Balmes, los compañeros de nuestras niñas... Haciendo también nuevas amistades con los padres y madres de sus compañeros que, a día de hoy, así lo han demostrado.

En verano se convirtió en costumbre ir a Cunit. La hermana de Jordi nos prestó las llaves de su apartamento. Estaba muy bien, cerca de la playa... Era genial, incluso íbamos algún que otro fin de semana...

17. SE AVECINAN CAMBIOS

A finales del 2013, Jordi junto con sus hermanos debían de tomar una decisión muy importante con respecto a su madre. Mi suegra. Una de las personas que más he admirado en la vida. Para mí era esa abuela que nunca tuve. Viuda desde hacía muchos años, era una gran luchadora, que lo dio todo por sus hijos. Siempre intentaba tenerlos a todos juntos. Cada Navidad, para ella era muy importante reunir a toda la familia.

En los últimos años había tenido cuatro ictus. Con lo que cada vez se hacía más complicado cuidar de ella. Así que tuvieron que tomar la decisión de llevarla a una residencia. Todos sabíamos que no era lo que más nos gustaba, pero no había más remedio.

Cada domingo, íbamos a visitarla por costumbre, y era muy triste. Cada vez que íbamos, tanto Jordi como yo, delante de ella nos hacíamos los fuertes para que no estuviera triste. Pero, era salir de la habitación y echarnos a llorar como dos niños. Nos daba mucha pena dejarla allí. La sensación era como la de abandonar a un niño pequeño.

En abril del año siguiente, nos llamaron de la residencia para decirnos que la llevaban a Urgencias. El pronóstico no era nada bueno. Le encontraron un tumor cerebral, de esos que no avisan. Con lo que, a los tres días del diagnóstico, lamentablemente, falleció.

Fue un trago muy duro y triste, tanto para Jordi, que era su madre, como para mí, que más que mi suegra era mi abuelita.

Dentro de toda esa tristeza, se generó más unión con mi cuñada "Lili". La hermana mayor de Jordi. Habíamos tenido bastante trato, pero a raíz de la muerte de su madre, nuestra relación se hizo aún más firme.

Como hacía poco tiempo que se había separado, y nuestras niñas se quedaban al comedor del colegio, le propusimos si quería recogerlas al mediodía y comer con ellas de lunes a viernes. Ella aceptó encantada. Se sentía feliz y llena de vitalidad, cuidándolas y creando un vínculo precioso con ellas. Y nosotros, agradecidos de que cuidara de nuestras niñas.

En el colegio, todo iba de maravilla. Los cursos los iban superando perfectamente. Aunque en una ocasión, tuvimos un susto con Judith, que más adelante le generó un gran trauma. Estaba jugando en el patio, con la mala suerte de que chocó con un compañero suyo mientras ambos corrían. El niño recibió un fuerte golpe en la frente, pero Judith lo sufrió en la boca. El impacto fue de lleno en una de las palas, yéndose todo el diente hacia atrás. Era impresionante, se le veía la raíz...

Al instante me llamaron para ir a buscarla. Cuando llegué, la tutora estaba blanca, la niña, de la impresión se me desplomó en los brazos, de tanta sangre que le había salido por la boca. Lo cierto es que podían haber llamado a una ambulancia. A día de hoy sigo sin entender por qué no lo hicieron.

Aunque no sé de dónde saqué las fuerzas, tomé aire y un impulso me hizo llevarla corriendo a la Dexeus. En la primera exploración, me dijeron que no podían hacer mucho por ella, dado que no tenían servicio de dentista. Así que, ya estando con Jordi, decidimos llevarla al Hospital de Nens, donde abarcan todas las especialidades médicas infantiles.

La visitaron y, al poco rato, entró en quirófano para reconstruir el diente. Tuvo que hacer toda una serie de tratamientos, sabiendo a día de hoy que, en algún momento, perderá ese diente.

En esa época, tomamos también la decisión de cambiarnos de piso. Años atrás lo habíamos hablado con mi suegra, que cuando ella ya no estuviera le compraríamos el piso a sus hermanos. Era un piso también ubicado en Bellvitge, pero de cuatro habitaciones, una más que el que teníamos entonces. Y más grande y espacioso.

La gestión fue un tanto complicada. Tras solucionar el tema del testamento y poner el piso a nombre de todos los hermanos, teníamos que hacer una propuesta de precio, para pagarle la parte proporcional al resto de herederos.

En la gestoría que nos asesoraba nos facilitaron un buscador de las mejores hipotecas, y acabamos negociando con Deutsche Bank, dándonos el ok para la nueva hipoteca.

Lo teníamos todo atado: la compra, la nueva hipoteca... El acuerdo con los hermanos de Jordi se complicó un poquito con alguna de sus hermanas, pero finalmente hubo acuerdo y pudimos firmar la hipoteca.

Después de eso, estuvimos varios meses haciendo obras. Jordi puso el parqué del suelo, pintamos las paredes de las habitaciones e hicimos una cocina nueva. El baño estaba bastante

bien, con lo que decidimos dejarlo tal cual. Tan solo compramos un pequeño armario y cambiamos los toalleros.

Ahora solo nos quedaba poner a la venta nuestro piso de propiedad. Serviría para terminar de pagar lo poco que nos quedaba de hipoteca e invertir el resto para el nuevo piso que acabábamos de comprar. Lo pusimos en venta en la inmobiliaria que había en las galerías de Bellvitge y, en menos de un mes, ya lo habíamos vendido.

Venderlo tan rápido nos permitió cambiarnos también todos los muebles, tanto del comedor como de nuestra habitación. Ya que hacíamos un cambio, que fuera todo a lo grande. ¡Estábamos muy ilusionados!

Las chicas se sentían un pelín tristes por cambiarse de piso. No querían. Les daba añoranza. Las animamos diciéndoles que, en el nuevo piso, tendrían más espacio. Les íbamos a hacer una habitación solo de juegos para ellas. Más adelante, cuando fueran más mayores, cada una tendría su propia habitación. Más o menos, las convencimos.

Alquilamos un trastero, pues teníamos que vaciarlo todo y cumplir con una fecha de entrega, y en el piso nuevo no estaban las obras terminadas.

El traslado fue laborioso: poner todo en cajas, proteger bien las cosas frágiles... Lo hicimos todo entre Jordi y yo, echándonos alguna mano mi hermano y mi sobrino.

Una vez terminadas las obras, pudimos llenar nuestro piso nuevo. Nos trajeron los muebles nuevos... Lo teníamos todo, aunque al entrar la sensación fue negativa, se avecinaban cambios inimaginables...

18. EL CÁNCER LLAMA A NUESTRA PUERTA.

En agosto de 2015, ya estábamos del todo instalados. Parecía que todo iba de maravilla, pero, a principios de septiembre, me noté un pequeño bultito en el pecho. Acababa de salir de la ducha cuando lo detecté mientras me secaba. Lo cierto es que me dolía. Se lo comenté a Jordi y los dos pensamos: “Bueno, si duele no puede ser nada malo”. Aunque, conforme pasaban los días, el dolor aumentaba.

Así que decidí ir a Urgencias de la Dexeus. En la zona de cuidado de la mujer, disponen de un despacho especial de urgencias de este tipo. ¡Estaba acojonada!

Tras la exploración pertinente, me mandaron a hacerme una ecografía y una mamografía. Después de eso, llegó el momento de la biopsia, pues vieron que había un pequeño tumor... ¡Yo no entendía nada! ¡Todo sucedía tan rápido! Cuando llegué a casa, estaba aterrada. Le expliqué a Jordi todo lo que me habían hecho. Me daba mala espina.

A los pocos días, me llamaron para darme el diagnóstico. Una de las peores llamadas telefónicas de mi vida. Las noticias no eran buenas. Era un tumor maligno y había que operar urgentemente.

¿Cómo podía ser? “Nuestras niñas aun son muy pequeñas”, le decía a Jordi. Tras la llamada, ambos lloramos como jamás habíamos llorado. El mundo se nos venía encima. Y aquello era solo el principio de nuestras peores pesadillas.

Tras digerir la noticia, se lo comunicamos a mis padres, a mi hermano, a nuestra familia... Y también en el trabajo. Venían tiempos difíciles, pero había que coger al toro por los cuernos y ser valiente.

En octubre, entraba a quirófano. La operación consistía en extirpar un cuadrante del pecho, para poder vaciar toda la zona cercana al tumor. Por suerte, no era mastectomía (extirpación entera del pecho). Todo salió perfecto, pudieron limpiar bastante bien la zona. Ahora quedaba ver qué tipo de tratamiento debía seguir.

Una vez en casa, tenía que ponerme fuerte. Estar preparada para todo. Lo cierto es que, pese a las circunstancias, me sentía fuerte.

Había que salir adelante, tenía dos niñas muy pequeñas a que quería ver crecer... Tenía a Jordi, el amor de mi vida. Tenía que seguir, por ellos. ¡Y por mí misma!

Me ofrecieron la posibilidad de reconstruir mi pecho. Lo cierto es que no quería volver a entrar en quirófano. Así que preferí quedarme con “mi teta chuchurría”, como yo decía.

En diciembre, los médicos me indicaron que debía tomar unas pastillas, durante un mínimo de cinco años. Como el tumor era hormonal, las pastillas servirían para que mi cuerpo no generara estrógeno (la hormona femenina). De esta manera, el tumor no se alimenta. También me hicieron una especie de test y determinaron que no iba a necesitar quimioterapia. ¡Al menos me libraba de eso!

Aunque no me libré de la radioterapia. Decidimos que haría el tratamiento en el Oncológico de Bellvitge, que está más cerca de nuestra casa. El trato fue muy especial. El equipo que me atendía siempre lo hacía con mucho tacto. Empecé rápido con las sesiones. Veinticinco en total. Notaba cómo mi piel se abrasaba y necesitaba mucha hidratación. Me sentía agotada.

Una vez finalizada la radioterapia, me propusieron hacer “braquiterapia”. Consistía en introducir el tratamiento a través de unos catéteres (especie de agujas) que entran en el pecho y desprende irradiación directa a la zona donde estaba el tumor.

Durante esa época, Jordi se reencontró con aquellos amigos que había hecho años atrás en Incosa, Alicia y Oscar, de la empresa de caucho. Le hizo mucha ilusión, tanta, que me lo comentó, para quedar con ellos y conocernos un poco más. Aunque era una mala época, por todo lo que estábamos pasando, la verdad es que nos fue bien distraernos un poco y ampliar nuestras amistades. Ellos tenían también dos hijos, un niño y una niña, con edades parecidas a las de nuestras hijas. Era ideal.

En casa, decidimos aumentar la familia en cuanto a animales se refiere. Los Yorkshires que teníamos, tanto Cobi como Nina, después de diecisiete años con nosotros, fallecieron, pues ya eran muy mayores.

Las niñas querían seguir teniendo un perrito. Fuimos a una tienda de animales para verlos, cuando un pequeño y lindo gatito nos robó el corazón desde el otro lado del cristal. Era un cambio radical, pasar de tener perros a tener un gato. Estuvimos unos días pensando qué hacer. Nos informamos sobre la raza del gato que habíamos visto, un Scottish Fold. Y vimos que era ideal para

convivir con niños. Las niñas estaban ansiosas por tenerlo en casa, lo querían. Así que al final fuimos a buscarlo. ¡Qué preciosidad de gato! Gris azulado, con las orejitas encogidas. Vamos, un muñeco, al cual le pusimos de nombre “Ninu”.

Poco a poco, yo iba recuperándome. Perdí varios quilos con todos los tratamientos. Las niñas no se enteraron mucho de lo que estábamos viviendo. Decidimos explicarles lo menos posible. Para nosotros era una manera de protegerlas. Creímos oportuno que cuanto menos supieran, mejor, aunque quizás ahora me arrepiento un poco... Sobre todo, con Judith. A veces, para un niño, es peor notar que estar pasando algo y no saber exactamente qué ocurre.

Y tanto susto tenía que salir de alguna manera. Jordi estaba esperando el autocar de la Seat, para ir a trabajar, cuando de repente se desplomó. Por suerte estaba apoyado en la pared y, rápidamente, los compañeros que lo socorrieron y llamaron a una ambulancia. En un principio, no quiso decirme nada. No quería asustarme. Tras el control de constantes en la ambulancia, le dijeron que fuera al hospital para chequear el motivo del desmayo.

Cuando llegó a casa, me lo explicó todo y fuimos al hospital. Todas las pruebas salieron bien. Todo quedó en un susto, ocasionado probablemente por la situación que habíamos vivido. O quizás era un aviso de lo que vendría después...

19. TRISTE DESPEDIDA.

Tras nueve meses de estar de baja, era el momento de volver al trabajo. Tenía que ser una vuelta feliz, pues durante esos meses tuve mucho apoyo de todos mis compañeros. La pena fue que volví en el peor momento. La empresa había decidido hacer una reestructuración de personal, y echaron a muchos de mis compañeros a la calle.

En mi caso, junto a mi gran compañera “tati”, conservamos nuestro puesto de trabajo, gracias a mi jefe. Aunque con muchos cambios, mantuvimos nuestro empleo. Eso sí, fueron meses de mucha incertidumbre.

Al haber esa reestructuración, se crearon también nuevos puestos de trabajo. A mí me ofrecieron ser la responsable del control de stocks en la plataforma de Abrera. Era un buen puesto, con un buen salario, pero en esos momentos, para mí, el dinero era lo de menos. Valoré más el hecho de estar cerca de casa.

Por suerte, si no aceptaba, podía mantener mi empleo como técnico en L'Hospitalet, y así lo decidí. Entonces no sabía que mi decisión repercutiría más tarde en mi compañera "tati". Con lo que empezamos con un nuevo equipo, una nueva jefa... Dejamos nuestro puesto dentro de las oficinas de la sede y nos instalamos en las oficinas de la propia plataforma.

Por el mes de junio de 2017, mis padres celebraron las bodas de oro, ¡50 años de casados!, más los años que llevaban juntos de novios. ¡Toda una vida! Mi hermano y yo estuvimos durante todo el año preparando la fiesta. Tenía que ser muy especial, ¡nos hacía tanta ilusión!

Se casaron de nuevo por la iglesia, así que les preparamos un coche de novios, el ramo de novia... Todo lo necesario para celebrar una boda como "Dios manda".

Entre toda la familia, les compramos unas alianzas de oro (ya que las habían perdido de jóvenes), y reservamos un viaje para que lo disfrutaran, como un par de tortolitos.

Les hicimos una pancarta preciosa (con una fotografía antigua, de cuando se casaron, y otra actual), y un cuadro con fotografías de

ellos, de jóvenes, con mis hermanos y yo de pequeños, de novios, con nuestras respectivas parejas y sus nietas.

La ceremonia fue muy bonita y emocionante, yo no podía contener las lágrimas. Ver a tus padres, tan felices, es una sensación maravillosa. Las niñas eran las encargadas de llevar las alianzas al altar. Tras la ceremonia, no podía faltar la famosa lluvia de arroz.

En el restaurante, todo eran sorpresas y emociones para ellos. Les encantó la pancarta, pero cabe decir que el cuadro nos emocionó a todos por completo. Mis padres, al ver la foto de nuestro hermano, sintieron un fuerte impacto. Se nos caían las lágrimas a todos, con una mezcla de tristeza y felicidad. Finalmente, cerramos la fiesta con unos buenos bailoteos. Un gran día para recordar...

Mientras, seguía con mis revisiones del cáncer de mama, las cuales iban siendo positivas. Todo estaba bien. Fue entonces cuando decidimos que debíamos salir más y disfrutar más de la vida, porque sabíamos, por experiencia, que cuando menos lo esperas, todo puede cambiar...

Junto a nuestros amigos, Alicia, Oscar y sus hijos, empezamos a hacer escapadas. Alquilábamos casas rurales, en puentes, fines de semana, Semana Santa... ¡Nos lo pasábamos genial! Eso nos ayudó a conocernos más y a transformar esa amistad en algo más fuerte. En una de ellas, como nos sentíamos tan bien juntos, decidimos hacer un viaje, en verano, todos juntos a Mallorca.

A través de varias webs, miramos precios de hoteles, vuelos, alquiler de coche... Nos decidimos por la zona de Magaluf; nos pareció que estaba bien. Desconocíamos dónde íbamos, la verdad.

El viaje en avión fue muy rápido. De Barcelona a Mallorca, apenas una hora. Después, recogimos los coches de alquiler y nos dirigimos rumbo al hotel.

Cuando llegamos, nos pareció extraño cómo nos miraban. En la recepción, nos atendió el dueño del hotel y nos dijo: “¿Qué hacen dos familias por esta zona?”. Nos extrañó el comentario.

Una vez instalados, fuimos a recorrer la zona de la piscina y las instalaciones. La mayoría de personas era gente muy joven, siempre con una jarra de cerveza en la mano... Y empezamos a entender el comentario del dueño del hotel. Dando una vuelta por el pueblo, ya nos remató. ¡Estábamos en la zona más fiestera

de Mallorca! La noche fue de lo peor, apenas pudimos dormir. Todo eran ruidos, risas, gritos... ¡¿Dónde nos habíamos metido?!

Al día siguiente, en la piscina, tomamos la decisión de que teníamos que salir de allí. No era un ambiente adecuado para los niños. En las tumbonas de la piscina nos pusimos a buscar con el móvil en diferentes webs. Llamamos a varios hoteles, preguntamos si podíamos hacer un cambio. Lo cierto es que nos salió rodado. Conseguimos un hotel en Calas de Mallorca, en la otra punta de la isla. Ideal para niños. Hicimos las maletas en un plis. Vamos, que jamás habíamos hecho unas maletas tan rápido. Era tal el ansia de salir de allí... Hay que decir que el dueño del hotel fue muy amable, se ofreció a buscarnos otro hotel, e incluso a hablar con el dueño del hotel que escogiéramos para hacer el cambio.

Instalados ya en el otro hotel, notamos una gran diferencia en cuanto al ambiente. Todo era más tranquilo, ideal para los niños. Incluso había toboganes en la piscina.

Estuvimos una semana, haciendo rutas en diferentes playas y calas. Uno de los días, aprovechamos para ir a visitar a mis tíos y primos que viven en la capital, Palma.

Un fantástico viaje, conociendo rincones muy bonitos de la isla. Las calas eran preciosas. Uno de los días incluso alquilamos una barca para recorrer un poco más la isla. El circuito fue un poco movidito, dado que no hacía muy buen tiempo ese día. ¡Hasta me quedé sin móvil! No me di cuenta y se me mojó en la excursión que hicimos.

Los ocho disfrutamos muchísimo, con diferentes anécdotas, risas y más risas. Aunque uno de los días se nos encogió un tanto el corazón. Cuando estábamos en la playa nos enteramos de que se había producido un atentado yihadista en las ramblas de Barcelona, con varios fallecidos. Las imágenes que pudimos ver desde la televisión de la habitación del hotel eran muy duras. ¡Qué horror!

Tras una semana de estancia, valorando muy positiva la experiencia, tuvimos que volver a casa.

Durante ese año, cargado de emociones, el final no presentaba buenos augurios. La hermana de Jordi, "Lili", debía de someterse a una operación de corazón. Tenía una lesión desde que era pequeña, una especie de poro en el corazón, que hacía que se le mezclara la sangre de salida con la de entrada. Durante toda su vida, no le había dado problemas. Pero ahora, a medida que se

iba haciendo mayor, a consecuencia de la lesión, cada vez se ahogaba más.

Los médicos le dijeron que lo mejor era operar y solucionar el problema lo antes posible. Fue una decisión difícil, pero era algo que tenía que hacer. La operación salió perfecta, pero a los dos días, todo se complicó. Todos estábamos en vilo, pendientes de que mejorara en algún momento, hasta que tuvieron que intubarla... ¡Se ahogaba!

Un sábado por la mañana, nos llegó la fatídica noticia de que Lili había fallecido. ¡No dábamos crédito! ¡No podía ser! ¿Cómo darles esa noticia a las niñas? ¿Cómo decirles que ya nunca más la verían ni tendríamos esas charlas con ella, cada tarde, en la panadería? Siempre entre risas... Fue muy doloroso. En el tanatorio, había mucha tristeza. ¡Fue una despedida muy triste!

20. TODO SE DESMORONA.

Al año siguiente, en 2018, hacíamos balance de todo lo sucedido. Demasiadas emociones contradictorias. Necesitábamos alguna escapada, con lo que ese verano nos fuimos los cuatro a descansar unos días a La Molina. En un hotel genial, con un fantástico spa para relajarnos al máximo. Respirando aire puro, en plena montaña.

Los paisajes eran maravillosos, con una tranquilidad excepcional. Aunque he de decir que, en invierno, hay demasiado movimiento por ser uno de los destinos más preciados por los esquiadores.

Hacíamos salidas por la montaña, recorriendo un pequeño riachuelo. Hasta encontramos un gracioso renacuajo. Una de las tardes, Jordi sentía algo de malestar, con lo que lo dejamos descansando en la habitación. Mientras nosotras nos fuimos a disfrutar de la piscina.

A la vuelta del viaje, pensamos que Ninu debía de tener compañía. Así que empezamos a buscarle una hembra, por

aquello de que fueran parejita. Fuimos a varias tiendas de animales, nos pasaron contactos de criadores. Estábamos buscando una gata persa para él. Nos gustaba mucho también esa raza. Finalmente, dimos con una criadora particular que justo en agosto había tenido camada. ¡Qué fotos más entrañables! Nos pasó unas cuantas, para escoger cuál nos gustaba más. De entre todos los cachorritos, había una pequeña de color Marvel (anaranjado), que nos robó el corazón. A Jordi le encantó, pues le recordaba al gato Garfield, de esos dibujos que daban cuando éramos pequeños.

Así que nos decidimos por ella, a los cuatro nos pareció que era muy bonita. Debíamos de esperar unos tres meses, para hacer el destete de manera correcta, desparasitar y vacunar. Mientras la esperábamos, decidimos que se llamaría “Kitty”.

En octubre por fin llegó el momento de ir a buscarla. Estábamos ansiosos de tenerla en nuestros brazos y ver la reacción de Ninu. ¡Toda una experiencia nueva!

En casa fue genial, Ninu la aceptó de maravilla. A su vez, Kitty se adaptó rápidamente. Estaban siempre juntos, qué paz ver como los dos animalitos se hacían compañía.

Ese otoño, como todos, nos fuimos a buscar setas. Cada año, por septiembre u octubre, si el tiempo lo permitía, una de nuestras aficiones favoritas era ir al bosque. Solíamos ir con mis padres, mi hermano, mi cuñada y mi sobrina, por la zona de Berga, en busca de *rovellons* (niscalos) o *camagrocs* (pie amarillo). Había años que regresábamos con la cesta llena, y otros, no tanto.

En esa ocasión, nos fuimos por la zona del Montseny, acompañados de nuestros amigos Oscar, Ali y sus hijos. No tuvimos mucha suerte, pues cogimos pocos. A Jordi le encantaba perderse por la montaña, literalmente. Aunque esa vez, realmente sí se perdió. De repente, todos andábamos buscándolo y no aparecía por ningún lado. La verdad es que estaba preocupada, no le había pasado nunca. Hasta que al final apareció. Según nos dijo, se había desorientado. Dando vueltas en círculo. Me pareció tan extraño, que me dio que pensar ¡Quizás era el inicio de algo grave!

Pero no todo era alegría... En noviembre de ese mismo año, justo en el puente de Halloween, Jordi empezó a encontrarse mal. Tenía una especie de resfriado, con dolor en todo el cuerpo, incluso molestias a nivel gástrico. Él decía que no tenía fiebre y que, por lo tanto, no había que preocuparse. Pero lo cierto es que yo no lo veía bien, así que decidí llamar al médico de urgencias para que viniera a casa y nos pudiera indicar qué era lo que le pasaba.

El médico le hizo una buena exploración, diagnosticando, en principio, una gripe. Le recetó analgésicos, un poco de dieta y poca cosa más. En el caso de que no mejorara, tenía que ir al hospital para hacerse una exploración más completa. Pero él insistía: “No tengo fiebre, estoy bien”.

Pasaron las semanas de noviembre y Jordi no mejoraba. Me puse muy pesada, le insistí una y mil veces que fuéramos al hospital. Pero él seguía con lo mismo, que no hacía falta...

Teníamos planeado irnos el puente de diciembre a una casa rural, con Óscar y Ali, pero él seguía empeorando. Quedamos con nuestros amigos para comer, dado que al final decidimos anular la salida a la casa rural. Cuando ellos vieron a Jordi, también insistieron en que debía ir al hospital. Pero no hubo manera de convencerlo. Él seguía repitiendo que no hacía falta y que se encontraba mejor.

Yo sabía que no era así y me enfadaba con él, porque no quería ir. Reconozco que me puse muy pesada.

A mediados de diciembre, en concreto un viernes, Jordi se fue a trabajar como de costumbre. Tenía turno de noche. Siempre

hacían un descanso, sobre las dos de la madrugada, para comer algo. Pero, tras comerse el bocadillo y una manzana, Jordi empezó a sentirse mal, muy mal.

En la Seat, al ser una empresa grande, tienen servicio médico, y le echaran un vistazo. Con la sorpresa de que al ponerle en el dedo el aparato que mide la saturación de oxígeno en la sangre, él daba un valor muy bajo. Estaba de saturación a 92 cuando lo normal es estar a 99 o 100.

El médico le dijo que le daba dos opciones: o bien llamaba a una ambulancia, o bien se iba a casa con la condición de que fuera al hospital. Él dijo que prefería irse a casa, para que yo no me asustara.

Cuando llegó, me explicó todo lo sucedido y decidimos ir a la Dexeus. Era la forma más rápida de tener un diagnóstico.

En urgencias, todo fue muy rápido. Demasiado. Estábamos asustados por tanta rapidez. ¿Qué estaba pasando? Normalmente, cuando llegas a un hospital te hacen un “triaje” antes de pasar a un box. Allí te someten a una pequeña exploración para decidir a qué especialista derivarte, y te hacen esperar mucho... Pero en nuestro caso, no tuvimos que esperar

nada. Le hicieron un electrocardiograma y rápidamente lo pasaron a la zona de box. Le pusieron una vía, oxígeno... Él me miraba muy asustado. Tenía la carita de un niño pequeño, que no sabe lo que está pasando y se espera lo peor. Yo también estaba muy asustada, aunque por fuera tenía que hacerme la fuerte, para que Jordi se sintiera algo mejor.

Los médicos nos explicaron que tenían que hacerle una prueba especial, para descartar que no tuviera líquido en el miocardio, la membrana que envuelve el corazón. En caso de que hubiera líquido, podría generar una parada cardíaca. Por suerte, salió bien, aunque vieron que había líquido en la pleura y decidieron hacerle un tac, para ver la causa de todo ello. Además, tenía la barriga como una pelota de baloncesto, dura e hinchada. Le sacaron dos litros y medio de líquido del vientre.

Después de eso, nos dieron el peor de los diagnósticos: tenía varios tumores. ¡El mundo se nos vino encima! El cáncer llamaba de nuevo a nuestra puerta. ¡No podíamos creer lo que estaba pasando! Cáncer de pulmón en estadio cuatro, con metástasis en pelvis, columna, escápula, hígado, peritoneo...

Sin palabras, lloramos y lloramos. ¿Qué iba a ser de nosotros? ¿De él, tan joven, con las niñas tan pequeñas? No tenía manera de darle ni una pizca de ánimo. Pero tampoco podíamos hundirnos,

había que remontar, el amor que siempre nos unía tenía que ser la fuerza para luchar. Solo quedaba eso: Luchar.

Estuvo unos días ingresado, pruebas y más pruebas. Los médicos nos dieron un pequeño ápice de esperanza. Nos hablaron de un tratamiento en pastillas de inmunoterapia que podía frenar el crecimiento de los tumores. Era un cáncer complicado, porque no era operable, no se podían extirpar, de ninguna manera, los tumores. Digamos que iba corriendo por las células y la única solución era frenarlo mediante ese tratamiento.

Un rayo de luz y esperanza se nos abría en mitad de aquel gran caos. Rápidamente, empezó con el tratamiento, dando resultados bastante eficaces a los dos días de empezar.

Fueron unos días de mucha angustia. Estábamos en plenas fiestas Navideñas y Jordi en el hospital. Cada día me pasaba horas y horas con él en el hospital, pero por las noches debía ir a cuidar de nuestras hijas. Pobrecitas, se pasaron las fiestas sin nosotros. Por suerte, estaban mis padres y mi hermano (con mi cuñada y mi sobrina Eva) para hacerles compañía.

Aquella Noche Buena fue una de las noches más tristes de nuestras vidas. Para empezar, le hicieron una punción en el hígado. Según me contó Jordi, el dolor que produce es insoportable, como si te atravesaran con una espada. Me costó

horrores irme del hospital. Dejarlo allí solo era una sensación como de abandono. Pero él me decía: “Vete, vete con las chicas, ellas te necesitan más que yo”. “Yo me apaño aquí, me tienen muy bien cuidado”. El trayecto del hospital a casa, en el coche, me lo pasé llorando desconsoladamente. No quería que me viera llorar Jordi, para no ponerlo más triste. Y tampoco quería que me vieran llorar las niñas. Tenía que hacer de tripas corazón para todos y ser fuerte.

El día de Navidad y San Esteve (festivo en Cataluña), le dieron una especie de permiso para poder ir a comer con nosotros y mi familia. Era una manera de poder disfrutar todos juntos. Por la noche, debía volver al hospital. Jordi decía que se sentía como en una especie de prisión. ¡No era para menos!

En Noche Vieja, al ver que el tratamiento evolucionaba bien y que Jordi se encontraba bastante mejor, le dieron el alta para ir a casa. ¡Todos nos pusimos muy contentos! No hay nada como estar en casa.

Se empezaban a ver los primeros efectos secundarios del tratamiento. Afectaba básicamente a la piel. La cara se le puso roja como un tomate, y le salieron granitos en la cara y en el pecho. Nos reíamos de alguna manera de la situación, diciéndole que era “el acné juvenil”.

Poco a poco, íbamos aceptando la situación. No teníamos más remedio. Jordi y yo estuvimos valorando solicitar visita en el oncológico de Bellvitge, por dos razones. Una de ellas era que estaba más cerca de casa y, puesto que las visitas y pruebas eran muy frecuentes, era más fácil para desplazarnos. El otro motivo era que teníamos muy buenas referencias, dado que me trataban también a mí.

A todo ello, en la clínica, el tratamiento que le administraban (aparte de enviar su sangre a E.E.U.U para hacer estudios) era sin ningún tipo de coste. La única condición era poder administrarle una especie de suero de anticuerpos cada tres semanas. El coste del tratamiento era muy caro. Una caja, que duraba un mes, ascendía a siete mil euros. ¡Brutal!

En enero de 2019, en el oncológico de Bellvitge, hospital gestionado por la Seguridad Social, rápidamente nos atendieron. Le derivaron a un equipo especialista en cáncer de pulmón. Tuvimos que llevar una muestra del tumor extraída de las biopsias que ya le habían hecho con anterioridad.

La sorpresa fue que aquí sí que le facilitaban el tratamiento sin condición alguna. Es decir, no hacía falta inyectarle los anticuerpos. Nos quedamos bastante sorprendidos. Llegamos a la

conclusión que era un tema de laboratorios. En fin, ¡lo importante era seguir con el tratamiento!

Las visitas eran cada tres semanas, más o menos. Siempre con un control de tac, para ver que esos tumores no crecían y se estancaban.

A los pocos meses, le llegó una citación para ir a tribunal médico. Llevaba varios meses de baja laboral. La sensación era que todo iba muy rápido, demasiado. Fuimos al tribunal equipados con toda la documentación relacionada con la enfermedad. Nuestra sorpresa fue, que, al llegar allí, no le pidieron ningún tipo de informe. Nos quedamos pasmados cuando el médico del tribunal nos informó de que le daban la incapacidad absoluta. Un escalofrío nos recorrió todo el cuerpo. Jordi no entendía nada, decía: “Pero ¿es que ya tienen preparada la caja para enterrarme o cómo es la cosa?”. Aquello lo hundió emocionalmente. Era el trabajo de su vida, como él lo llamaba, y había llegado a su fin.

Llegó el verano, y pese a las circunstancias, había que pensar en hacer alguna salida. Aunque se encontraba flojito, nos vendría bien salir y disfrutar de unos días los cuatro juntos. Le pedimos permiso al médico y nos dijo que adelante. Necesitábamos un poco de aire, el tratamiento empezaba a fallar... y los tumores volvían a reproducirse.

Tuvimos la oportunidad de ir a Menorca y disfrutar, en cierta manera, una semana. El viaje fue maravilloso. Habíamos alquilado un apartamento en Cala Fornells, un rinconcito de la isla muy entrañable. Visitamos algunas calas, comimos caldereta de langosta (típico de Menorca), pasamos por pueblos preciosos y acogedores, como la capital Mahón y Ciutadella, maravilloso pueblo con sus casitas blancas. Era la tranquilidad que Jordi necesitaba. Fue todo un campeón. Pese a tener bastantes molestias, a nivel estomacal, hizo el gran esfuerzo de disfrutar con las chicas y conmigo.

A la vuelta, retomamos las visitas al médico. Había que empezar un nuevo tratamiento para parar aquello que corría demasiado rápido. Dieron con otras pastillas, que más o menos tenían la misma finalidad que las primeras. ¡Frenar al bicho!

El tiempo corría en nuestra contra y le preguntamos al médico cuál era la media de años que se podía vivir con aquello. Era una pregunta difícil. Complicada. Nadie quiere saber cuándo le va a llegar su fin. Pero veíamos la necesidad de saber un poco más. Como decía Jordi: “Siento que se me escapa el tiempo”. ¡Los cartuchos se van quemando! En un principio, nos indicó que una media de 10 años. ¡Qué difícil asimilar aquella respuesta! “¡No voy a llegar a la jubilación!”, decía, “¿Y vosotras?, ¿qué será de vosotras?”

Yo no quería pensar en todo eso. No podía. No imaginaba una vida sin él...

21. NO TODO ES LA PANDEMIA.

Días antes de llegar al puente de noviembre, en Halloween, Marta tuvo una crisis de ansiedad en el colegio. Tuvo que venir la ambulancia para asistirle, pues no había forma de que remontara. Nos llamaron rápidamente del colegio, la ambulancia nos llevó al hospital de niños de San Juan de Dios.

Los médicos nos preguntaron si la niña estaba viviendo alguna situación complicada en casa. A lo que les explicamos todo desde el principio, mi cáncer, el fallecimiento de su tía y, por último, el cáncer de Jordi. Nos dijeron que esas situaciones son muy difíciles de asimilar para una niña tan pequeña, con solo diez años. Nos enviaron a casa, pero nos aconsejaron que la lleváramos a un especialista, a un psicólogo.

Para evadirnos un poco de todo lo que estábamos viviendo, decidimos irnos de puente de Halloween con dos familias más. Los mejores amigos del colegio de Marta: los mellizos, y con una de las mejores amigas de Judith. Grandes familias, Alfonso, Loli, Sergio, Montse y sus hijos. Nos conocíamos desde que nuestros pequeños habían empezado el colegio. Disfrutamos al máximo,

con nuestros vermutos, ratitos en la piscina tomando el sol y algún bañito en pleno noviembre... Por las noches, nuestras cenitas, charlas, mojitos, juegos... Lástima que sería la primera y la última vez que saldríamos todos juntos, por culpa de lo que se avecinaba.

A finales de diciembre, el segundo tratamiento de pastillas empezó a fallar. ¡Qué desesperación! Las fuerzas se aflojaban, nos hundíamos. Pero había que levantarse de alguna forma. Por nosotros, por las chicas. La pequeña, Marta, desconocía el volumen de la gravedad de la enfermedad de su padre. En cambio, Judith, la mayor, se daba cuenta de todo, de la evolución... E incluso llegó a preguntarme. Tenía la necesidad de saber la verdad. No lo dudé ni un momento. Le expliqué con detalles cual era la situación. Me costó horrores.

No quedó más remedio que recurrir a la quimioterapia. Solo la palabra hacía que se nos pusieran los pelos de punta, pero era la única opción. Así que, a finales de diciembre, justo el último día del año, empezó con su primera sesión de quimio. Otras Navidades distintas. Viviéndolas intensamente.

En enero de 2020, nuestra gatita se quedó embarazada. ¡Qué alegría! Dentro de todo lo que estábamos viviendo. Mientras,

Jordi seguía con sus sesiones. Le ponían la quimioterapia cada tres semanas, en la planta del oncológico llamada hospital de día. Uno de esos días yo empecé a encontrarme mal, me dolía todo el cuerpo, la garganta, tenía fiebre alta... Tras una placa de tórax, me diagnosticaron neumonía. A día de hoy, aun tengo la duda de si no fue Coronavirus, que ya empezaba a extenderse en China, y a llegar a nuestro país. ¡A saber...!

Al encontrarme tan mal, tuve que coger la baja laboral. Era imposible ir a trabajar tal y como me encontraba, tanto a nivel físico como emocional. Empezaba a estar agotada.

A los pocos días, Jordi también cogió fiebre y nos preocupamos mucho. Con su enfermedad y la quimio... Las enfermeras siempre nos decían, en el momento de las sesiones de quimio, que, en el caso de tener fiebre, lo llevara a Urgencias. Y así lo hice.

En Urgencias rápidamente le pusieron una vía, le sacaron sangre, placa de tórax... Los resultados indicaban que tenía un trombo en el pulmón. Diagnóstico: embolia pulmonar. Decidieron ingresarlo en el oncológico. Hay una planta especial para ingresos, donde estuvo con los mejores cuidados. Al estar yo de baja, me quedaba los días en el hospital con él. Por la mañana, llevaba a Marta al colegio, dado que Judith al ser más mayor, iba sola. Así aprovechaba todo el día para estar con Jordi. Por las tardes, me

recogían muchas veces a Marta la familia de los mellizos o bien venía mi hermano. Hasta que llegaba la noche y yo las iba a buscar para cenar y dormir.

Una vez en casa, ya de alta, había que controlar el trombo y debía pincharle “heparina” cada día, a la misma hora, en la barriga. La medicación hacía que se le diluyera la sangre. Como tenía dolores, también empezó a tomar cortisona y a ponerse unos parches con pequeñas dosis de morfina. Le daban ataques de tos, acompañados de arcadas, ocasionadas por las náuseas que le producía la quimio. Solo sentía algo de alivio con paracetamol. Reaccionaba con sudores fuertes y le costaba descansar. Yo sentía mucha impotencia, porque los dolores de estómago no había manera de que mejoraran.

A principios de febrero, en una de las sesiones que debía llevar a Jordi, justo después de comer, empecé a sentirme muy mareada, con unas ganas inmensas de vomitar. Lo llevé como pude a la sesión, en el coche. Pero, en cuanto me vieron las enfermeras, me hicieron sentarme. Estaba blanca como la leche, del mareo que llevaba. Siempre lo acompañaba a las sesiones, pero esa vez tuve que dejarlo solo. Vino mi hermano a buscarme para llevarme a Urgencias. Todo me daba vueltas. Sentía un dolor inmenso en

el oído y no podía reaccionar. Finalmente, tras varias analíticas y revisiones del oído, me dijeron que tenía una potente otitis. Era tal la inflamación, que, al día siguiente, me saltaba un drenaje que tiempo atrás me habían puesto. En definitiva, el diagnóstico venía ocasionado por una bajada de defensas en toda regla.

A medida que pasaban los días, Jordi iba perdiendo, poco a poco, las fuerzas. Las piernas le fallaban. Solo tenía ganas de estar en la cama. Le decía: “Jordi, vamos un poco al balcón, que al menos te dé el solcito”. Pero él no quería, no se veía con fuerzas ni con ganas. Me desesperaba. ¡Sentía tanta impotencia! Quería ayudarlo, animarlo, pero no sabía cómo. Había momentos en los que me superaba la situación. Delante de él, me hacía la fuerte. Pero, cuando tenía algún momento a solas, intentaba desahogarme. Ver como tu amor pierde lentamente las fuerzas es lo peor.

Uno de esos días fue a la ducha y era tal su flojera, que al salir me llamó desesperado. Se estaba mareando. Suerte que estaba yo cerca. Con su metro ochenta se me desplomaba en los brazos. Lo fui tumbando en el suelo, como pude, para alzarle las piernas. Quedó algo inconsciente. Y cuando empezó a recuperarse, llamaba, como entre sueños, a su madre.

¡Qué duro ver cómo se iba consumiendo, poco a poco! Lo peor era que él se daba cuenta de la situación. ¿Qué podíamos hacer para que, al menos, mejorara un poco?

El equipo de oncología nos llamó por teléfono para programar unas visitas con el equipo de paliativos y con el nutricionista. En paliativos ayudaban a controlar el dolor, mediante medicación. El nutricionista era con la finalidad de indicarnos qué alimentos le podían ir mejor y cuáles estaban prohibidos. A su vez, nos facilitaron unos batidos hipercalóricos. Debía de tomar uno cada día para reponer fuerzas. El propio hospital gestionó la manera para que cada tres semanas, aproximadamente, los recibiéramos en casa directamente del proveedor. La verdad es que lo tenían todo muy bien organizado, el objetivo era que Jordi se sintiera lo mejor posible.

Dentro de todo el caos que teníamos en casa, por todo lo que estábamos viviendo, nos pusimos a buscar una casa rural para irnos en Semana Santa. Teníamos la necesidad inmensa de salir y desconectar un poco de tanta lucha, de tanta tristeza...

A mediados de febrero, en la madrugada, Jordi empezó a sentirse muy mal. Le tomé la temperatura, estaba a 39,2 grados. Demasiado alta. Intentó ir al baño, y de nuevo se desplomaba. Como tenía un aparato para tomar la tensión, se la tomé. Los

valores eran bajos. También le costaba respirar... Quiso esperar a primera hora de la mañana, a ver si podía descansar un poco. Seguía con sus cabezonerías de esperar siempre un poco más... supongo que lo hacía por miedo. Por la mañana, viendo que no mejoraba, llamé a la enfermera de oncología. Le expliqué la situación, e inmediatamente envió una ambulancia.

En principio lo llevaron a Urgencias de Bellvitge, donde las constantes estaban bastante apuradas. Saturación de oxígeno bajo, tensión alterada y fiebre. Le hicieron una analítica y una placa de tórax, dando un primer resultado de neumonía.

Después de eso, decidieron trasladarlo al hospital Oncológico. En la planta UACO, especial para las personas con cáncer que sufren algún tipo de trastorno. Al llegar allí, fue un poco odisea, pues al hacer cambio de hospital tenían que cambiar también la vía que ya llevaba puesta. Tema de protocolos... El problema era que Jordi tenía tanta fobia a las agujas, que decía: “Basta que no me guste, para que me pinchen una y otra vez...” A todo ello, nos indicaron que probablemente, le tenían que hacer una transfusión de sangre. Estaba con las defensas muy bajas.

Fuera de nuestro hogar, el mundo empezaba a revolucionarse. A finales del año anterior, había surgido una nueva enfermedad, en

ciudad de Wuhan (China). Un virus denominado Covid-19, que estaba causando daños muy graves en las vías respiratorias.

Poco a poco, los casos iban apareciendo por más países, llegando al punto de que, a finales de enero, la enfermedad fue declarada como epidemia. En esos momentos todavía no imaginábamos lo que realmente se avecinaba.

Mientras Jordi continuaba ingresado, las niñas se fueron con nuestros amigos, Ali y Oscar, a su casa. Al menos allí estaban más distraídas, y yo podía estar tranquila en el hospital. Me costaba que se fueran, pero sabía que iban a estar bien. Para ellas, tanto hospital, era muy duro. Si lo podíamos evitárselo un poquito, mucho mejor.

Al ser mediados de febrero, se acercaba su cumpleaños. Hablé con las chicas, que, aunque estuviera en el hospital, le compraríamos un regalo y le llevaríamos un pastel. Pese a las circunstancias, al menos que soplara las velas.

Alicia nos trajo a las niñas de vuelta. Aprovechó para venir al hospital y llevó un detalle a Jordi. Eran unas pesas para que fortaleciera las piernas. Un poco de humor, ante tanta tristeza, era bueno.

El día de su cumpleaños, el 16 de febrero, las chicas y yo pasamos el día en el hospital con él. Le hizo ilusión que le lleváramos un pastel y regalos. Le llevamos un libro de la historia de dioses vikingos. Le gustaba mucho ese tema... Tiempo atrás, habíamos visto la serie completa de "Vikingos".

Llegamos a finales de febrero y Jordi estaba de vuelta a casa. Decidimos seguir buscando casas rurales para poder disfrutar de la Semana Santa, y encontramos una preciosa, en medio del Pirineo francés. Hicimos la reserva.

Empezamos el mes de marzo algo más contentos, Jordi se había recuperado un poco. El 6 de marzo llegó un día muy esperado. Primero porque teníamos una cita en el concesionario Toyota. Querían hacernos una propuesta para cambiar nuestro coche por uno nuevo. Y segundo, nuestra gatita se puso de parto. A las siete de la mañana, hora a la que me acostumbro a levantar cuando las chicas van al colegio, la gata tenía contracciones. ¡Qué emoción! Aunque, a la vez, ¡qué respeto! La gata se tumbaba con cada contracción...

Como no sabíamos cuánto podía tardar en venir el primer cachorrito, pues la veterinaria nos había dicho que podía durar horas, decidimos llevar a Marta al colegio y, a su vez, pasarnos por el concesionario de coches. Allí nos convencieron de que nos lo cambiáramos. A Jordi le hacía tanta ilusión, que no pude negarme. A mí me daba un poco de reparo, viendo cómo estaba de salud. Pero su ilusión pudo más y lo encargamos. En mayo tendríamos nuestro coche nuevo.

Al volver a casa. ¡Sorpresa! Habían nacido ya dos cachorritos. Emoción, nervios... de todo. ¡Tan chiquititos y bonitos! El gato macho, estaba todo el rato al lado de la hembra, cuidándola, hasta el punto de que sacaron a un cachorro fuera, al suelo. ¡Qué extraño! Las gatas cuando están de parto, normalmente se esconden. Kitty se había puesto a parir en una de las cunitas que tenían con forma de iglú. Entonces, ¿por qué sacó al segundo cachorro? Nos dimos cuenta de que lo hacía porque no podía cortarle el cordón umbilical. Era su forma de pedir ayuda, para que lo cortáramos nosotros. Pero, ¡Uf, ¿cómo hacerlo?! Al momento llamé a la veterinaria para que me explicara cómo actuar. Me indicó que lo cogiera con los dedos, a un par de dedos más o menos de distancia del vientre del cachorrito, y lo partiera. Así lo hice y todo fue de maravilla.

Un rato después, nacía el tercer gatito y, finalmente, terminó el parto. Los tres cachorritos, bien limpios que los tenía la madre se engancharon al rato en los pezones de su madre. Esa imagen tan tierna nos transmitió una paz inmensa. Los cuatro estábamos embobados, observando ese cuidado tan especial y delicado, de una madre a sus cachorritos.

A la semana siguiente, el mundo se revolucionaba del todo. El 13 de marzo el Coronavirus era ya una pandemia a nivel mundial. Los casos aumentaban y el número de fallecidos era importante. Al día siguiente, el gobierno de España decretó el Estado de alarma y hubo un primer confinamiento. Eso suponía que no podíamos salir de nuestros hogares. Tan solo para hacer compras de primera necesidad. Los niños tampoco iban a la escuela y, en los empleos donde se pudiera teletrabajar, había que hacerlo así, desde casa. Incluso cerraron fronteras entre países. Nos vimos obligados a anular la reserva de la casa rural y aplazarla para otra fecha.

Las sensaciones eran un tanto tristes. Veías las calles desérticas, sin gente ni ruido. ¡Daba mucha impresión! En mi caso, como Jordi era una persona de riesgo, e incluso yo misma, solo bajaba una vez a la semana para llenar la nevera. Hasta compraba el pan una vez a la semana y lo congelaba.

Se puso como obligación que todos lleváramos mascarilla. También guantes para hacer la compra. A la gran mayoría nos dio por hacer pan o pasteles. Gimnasia en casa... A las ocho de la noche, se convirtió en un ritual, que todos saliéramos al balcón a aplaudir. Se hacía como agradecimiento al gran trabajo de todos los sanitarios. Siempre acompañado de la mítica canción “Resistiré”. Lo cierto es que, al principio, era muy emocionante. Se me erizaba la piel cada vez que salía a aplaudir. Debajo de nuestro balcón, algunas ambulancias se detenían unos segundos, para agradecer el gesto.

Mientras, Jordi estaba algo mejor. El tac salía bastante bien y los tumores parecían controlados. La quimio empezaba a hacer efecto, con lo que le empezaron a poner quimio de mantenimiento. Algo más leve que la inicial. Aunque el hormigueo en las extremidades le aumentaba. Por esas fechas, cuando tenía sesión de quimio, no me dejaban estar con él, por el protocolo del COVID. Lo llevaba al hospital y a las tres horas, aproximadamente, lo pasaba a buscar.

En abril, al seguir con el tema del confinamiento, la dueña de la casa rural nos devolvió el dinero. No sabíamos cuánto tiempo estaríamos con esa situación. Dijimos: “Bueno, ya iremos el invierno siguiente”. Quién nos iba a decir entonces que no habría más inviernos para él. Nunca más.

A principios de mayo, yo cogí el alta para ponerme a trabajar. La diferencia era que, en lugar de ir al centro, me dejaban teletrabajar, desde casa. He de reconocer que fue una verdadera locura. Con las niñas en casa, haciendo las clases online, el trabajo, la casa y Jordi perdiendo fuerzas por momentos... ¡Estaba agotada!

Al siguiente control de Jordi, el médico nos dijo que la quimio de mantenimiento estaba empezando a fallar. De nuevo, se reproducían los tumores. Así que, el siguiente paso fue ponerle una quimio de las más agresivas. Tiempo después nos enteramos de que era la última opción. Uno de sus efectos era la caída del pelo. Jordi se negaba a verse calvo. Decía: “Un heavy como yo, ¡¿cómo se va a quedar calvo?!”.

Las sesiones eran semanales, y Jordi se consumía por momentos. Le daba mucho sueño y se pasaba todo el día en la cama.

En una de esas sesiones, lo vieron muy débil y decidieron hacerle una transfusión de sangre. Pobre, con lo poco que le gustaban los pinchazos y cada vez eran más frecuentes. Al hacerle la transfusión, tuvieron que cambiarle de vía. Las venas estaban tan castigadas, que se le obstruyó la vena. ¡Menudo dolor tenía! Le

tuvieron que poner incluso una esterilla de calor, para aliviarle un poco.

Le preguntamos también al médico si no había otra zona que no fuera la barriga para pincharle la heparina. Su barriga era un gran hematoma, ya no quedaba hueco para pinchar. Nos dijeron que otra opción era pincharle en el muslo. Aunque a Jordi no le hacía mucha gracia, finalmente así lo hice.

Como no nos podíamos reunir con la familia, las felicitaciones se convirtieron en montajes de videos. Tanto el cumpleaños de mi hermano, como el de mi sobrina Eva, lo tuvimos que preparar así. Por hacer algo distinto. Nos lo curramos mucho. Lo cierto es que ahora no me arrepiento, se quedó en un recuerdo muy bonito.

Por las noches Jordi me abrazaba cada vez más. Era una sensación muy extraña, como si no quisiera soltarme. Una de ellas, se despertó sobresaltado. Me contó que había tenido un sueño donde se veía fuera de su cuerpo. Como si fuera su alma. Quizás era el anuncio de algo... Yo le decía que solo era un sueño y que no hiciera caso. Pero lo veía tan preocupado, tan asustado...

A finales de mayo, nos entregaron el coche nuevo. Jordi estaba entusiasmado. Lo sacó él del concesionario, pero estaba tan

cansado, tan agotado, que solo se vio con fuerzas de llevarlo hasta el parking. Ni siquiera pudo darse una vuelta. La primera y la única vez que conduciría ese coche.

Todo iba en contra. Hasta famosos como Michael Robinson (narrador futbolístico), Alex Lequio (hijo de la famosa Ana Obregón) e incluso Pau Donés (cantante) fallecían por esas fechas... Todos ellos de cáncer de diversos tipos. Jordi me decía: “Ves, todos caen, hasta yo caeré”. Me enfadaba con él, por decirme esas cosas. No podía darle la razón. No podía decirle que quizás el cáncer también acabaría con él. Me negaba, por completo, a reconocer lo mal que estaba.

Las visitas al médico oncológico cada vez eran más restringidas por el COVID. Tuve que pedir autorización para poder acompañar a Jordi. Estaba tan flojo, que ya no podía ni caminar. De casa al parking era imposible. Con lo que iba a buscar el coche y Jordi me esperaba muy cerca de casa para que anduviera lo menos posible. En el parking del oncológico, tenía que coger una silla de ruedas para poderlo llevar hasta la consulta.

En una ocasión, me hizo sentir como una heroína. Había un sitio muy justo para aparcar, vamos que tenía que entrar el coche prácticamente con calzador. Le dije a Jordi que, por mis ovarios, lo aparcaba. Y así fue. A lo que él añadió: “¡Ole mi nena, con un

par!” No me olvidaré de esas palabras de orgullo, de fuerza... A día de hoy, todavía las tengo grabadas en mi cabeza.

A principios de junio, como ya se habían abierto las restricciones de salida por la pandemia, comentamos con nuestros amigos, Oscar y Alicia, la posibilidad de buscar una casa para hacer una escapada de una semana. Necesitamos desconectar de toda esa pesadilla. Encontramos una casa muy bonita con piscina cerca de Figueres (Gerona). Consultamos al oncólogo si nos daba permiso para poder salir. Había que ser prudentes, dado el estado de Jordi. Nos dijo que, en principio, no habría problema y que podíamos organizarla. La salida estaba prevista para la última semana de julio.

En la verbena de San Juan (23 de junio), a las chicas les hacía ilusión seguir con la tradición de esa noche tan especial: petardos, coca, fiesta... Como Jordi seguía flojito, nos dijo que nos fuéramos nosotras, a disfrutar un ratito, y que él se quedaba en casa tranquilito. Era la primera verbena que no la pasábamos juntos. Bajé con ellas cerca de casa. En compañía de nuestros amigos del colegio de siempre, los Escribano y los Pinadero (así los llamaba Jordi cariñosamente).

Aunque estábamos rodeadas del cariño con nuestros amigos, Marta lloraba porque no estaba con su padre. Lo echaba de

menos. Intenté hacerle entender, que estaba muy malito y que no podía estar en la fiesta... Pero yo me desmoroné con mi amiga Loli. No podía ver a mi pequeña llorar desconsoladamente, porque su papi no estaba allí con ella. Le dije a Loli que no pintaba bien. Mi amor flaqueaba cada vez más.

A finales de junio, en uno de los muchos controles, el médico nos indicó que los valores del hígado no estaban bien. La analítica salió alterada. Era necesario bajarle la dosis de quimio, porque estaba demasiado débil. Recuerdo que le preguntamos a la enfermera si, en algún momento, habría mejora. Su respuesta fue contundente: "Lleva demasiada tralla". Sentí mucha impotencia, todo iba creciendo más y más, sin poder hacer nada de nada.

Justo al empezar el mes de julio, Jordi tenía de nuevo analítica de control. Al despertarse, sintió que sus fuerzas no le acompañaban. Estaba tan mareado, que se veía incapaz de ir a hacer una simple analítica. Lo consulté con la enfermera de oncología, y me dijo que llamara a una ambulancia. A parte del mareo, sentía una fuerte presión en el abdomen y muchos sudores. Al llegar al hospital, le hicieron una placa para ver cómo estaba su tripa. El diagnóstico fue "oclusión de intestinos". Se le habían paralizado por completo. Rápidamente, le pusieron de todo por vía: suero, morfina, primperan, cortisona... Incluso le hicieron una PCR para descartar un posible Coronavirus. Al menos en eso dio negativo. Por la situación del COVID no dejaban

acompañantes, pero hicieron una excepción y pude estar con él todo el rato que estuvo ingresado.

Poco a poco, la medicación iba actuando. Probaron si toleraba líquidos. Al aceptarlo bien, probaron con algo de alimento un poco más sólido. La toleración fue positiva, así que le dejaron irse a casa.

Pero a mediados de julio, lo ingresaron de nuevo. No orinaba, tenía los pies hinchados como botijos, la barriga inflamada y dura... No le dejaban tomar nada de alimento, ni líquido. Tenía la boca seca como la suela de un zapato. Las enfermeras, amablemente, le dieron un spray con sabor a limón, para que, al menos, se pudiera refrescar la boca.

De nuevo, analítica y tac de abdomen y pulmones. Los resultados de la analítica fueron de los peores que había tenido en toda su enfermedad. Las defensas bajísimas, anemia e infección. Un cocktail explosivo. Barajaron la idea de hacerle una transfusión de sangre de nuevo.

Por la situación del COVID, sólo me dejaban estar con él de 12 a 14 horas. Antes de entrar, tenía que hacer cola para que me tomaran la temperatura. Si estaba por debajo de 37 grados, me permitían entrar. Era como una pesadilla, él tan malito y yo sin poder estar todo el día con él. El chico de seguridad, que estaba

en la puerta, me comentó que podía solicitar a la supervisora de enfermeras un permiso especial para poder pasar más horas con él.

Por las tardes, hacíamos videollamada con las chicas. Era muy triste, verlo allí solo y enfermo. Las chicas lo pasaban fatal. Hasta el punto de que Marta colgó en Tik Tok un video, dedicado a su padre, que ponía los pelos de punta, de lo triste que era. Yo tenía que ser fuerte, por ellas y por él, pero por dentro estaba rota.

Cuando estaba ingresado empezaron a desfilar todos los médicos habidos y por haber: oncólogo, paliativos, nutricionista, psicólogo, asistencia social... Nos sentíamos con la moral por los suelos. Jordi me decía, todo el rato, que tenía mucho miedo. Entre lágrimas, intentaba darle ánimos de alguna manera... Le pedía que luchara, por él y por sus chicas, por mí...

Finalmente, me dieron permiso para poder estar todo el día con él. Ambos nos necesitábamos. Aunque me sabía mal dejar a mis hijas, siempre en buenas manos, mi mayor prioridad en ese momento era estar con él. Algo en mi interior me decía que debía acompañarlo y no dejarlo solo. Cada vez me costaba más irme, siempre entre lágrimas, con un “te quiero”, como si fuera el último.

Por las noches, tenían que darle un ansiolítico para que pudiera dormir. Estaba tan inquieto, que pasaba las noches en vilo. Durante el día necesitaba calmantes constantemente, por el fuerte dolor que tenía en el abdomen, acompañado de décimas de fiebre. Me llamó la atención que le picaba mucho la espalda. Cada vez que llegaba al hospital, lo primero que me decía era: “¡Ráscame la espalda, cariño, que me pica mucho!” Después, empezó con los vómitos.

Por fin hubo resultado del tac. Las peores noticias que nos podían dar. Los tumores se reproducían cada vez más. Al menos empezó a tolerar los líquidos y luego los caldos algo más densos.

Viendo una pequeña evolución, pedimos permiso a los médicos para irnos a la casa rural. A pesar de lo mal que estaba, era su deseo pasar unos días todos juntos, desconectar de todo aquello... La doctora de paliativos nos dijo que disfrutáramos lo máximo posible. Creo que ella ya sabía que se acercaba el fin.

Nos dejaron ir, siguiendo unas pautas de alimentación. Todo a base de triturados y líquidos, con unos polvos de proteína que nos dieron, para poner en todas las comidas. Estaba muy débil.

Ese sábado, el 25 de julio, nos fuimos a casa. Jordi tenía unas ganas inmensas de ver a sus chicas, que lo esperaban ansiosas. Aquella tarde vino a verlo también su hermana Sonia y Edu, nuestro sobrino. Fue un encuentro muy entrañable, recordando anécdotas, viendo fotos antiguas de la familia... Jordi estuvo todo el día en la cama, reposando lo máximo posible para coger algo de fuerzas e ir a la casa rural. El domingo lo dedicamos a preparar maletas, comidas, medicamentos... hasta una diana que había comprado Jordi por Amazon. Todo estaba a punto para marcharnos el lunes. Una marcha que no tendría retorno.

Llegó el esperado lunes. Por fin nos íbamos. Nuestros amigos, Óscar, Ali y sus hijos, vinieron a casa, para ayudarnos a cargar todo en el coche e irnos juntos. La verdad es que dudamos un poco si ir o no, pues Jordi no se sentía muy bien. Pero pudieron más sus ganas. Hizo un gran esfuerzo para lograrlo. Su último esfuerzo...

Hacía mucho tiempo que yo no cogía el coche para hacer tantos kilómetros. Me sentía un poco nerviosa. Pero Jordi me animaba. “¡Tranquila!”, me decía, “Vamos a ir bien”.

Al llegar a la casa rural, Jordi sólo tenía ganas de vomitar. Apenas pudo ver cómo era la casa. Sus fuerzas se venían abajo. Descargamos los coches. Más tarde, hicimos la comida y, al

terminar, reposamos en el césped, en las tumbonas de la piscina. Jordi no podía evitar que se le cayeran las lágrimas. Era una sensación entre alegre y triste. Alegre, por tenernos allí, y triste, por cómo se veía.

Fatigado de tanta náusea y vómito, lo subimos a la habitación para que descansara. Ali, los cuatro niños y yo aprovechamos para ir a comprar algunas cosas que nos faltaban para la comida. Oscar se quedó con Jordi, por si necesitaba algo.

Llegó la noche, los vómitos y el malestar continuaban. Mi desesperación era enorme. Cuando no me veía, me hinchaba a llorar. Había que tomar una decisión. Jordi no podía estar así. Él quiso ver cómo pasaba la noche, pero apenas descansó.

A la mañana siguiente, los vómitos eran tan exageradamente continuos, que llamé a la enfermera de oncología para comentarle la situación y saber qué hacer. Me dijo que lo lleváramos al hospital más cercano, para una primera valoración. Despedirnos de las chicas fue un verdadero drama.

El hospital más cercano era el de Figueres. Con todos los protocolos por el COVID, lo atendieron rápidamente. En principio

no me dejaban entrar a mí. Cada vez que hablaba con el médico, le suplicaba que me dejara estar con él, y finalmente accedió.

Tras varias pruebas, de nuevo nos dijeron que tenía totalmente paralizados los intestinos. Había que traerlo de vuelta a Barcelona, para ingresar de nuevo en el oncológico. No podía ser. Ni siquiera podría cumplir su último deseo: estar tranquilamente en la casa rural, con nosotras y nuestros amigos.

Nos vino a recoger una ambulancia, con destino al hospital de Bellvitge, para luego ingresar en el oncológico. Mientras, tras consensuar con nuestros amigos qué hacer, decidimos que ellos se quedaban en la casa rural con nuestras chicas. Era lo mejor. Al menos ellas podrían disfrutar un poco de la piscina y de la casa.

Aquel fue el peor viaje de nuestras vidas. Llegamos por la tarde al hospital de Bellvitge y lo atendieron rápidamente. A mí no me dejaron entrar. Me quedé en la puerta de Urgencias, llorando como una niña pequeña, perdida en medio de la nada. Llamé a mi hermano para que viniera a buscarme. No podía estar sola. Hablaba constantemente por WhatsApp con Jordi. Él me escribía como podía y me decía que estaba muy asustado. Siempre con un “Te quiero” plasmado.

A la mañana siguiente, tuve que llamar sucesivas veces al hospital para que alguien me informara del estado de mi marido. Todo tan lamentable, tan descontrolado... El día anterior me habían dicho que el médico me llamaría para informarme de la situación, pero no fue así. Al final, logré hablar con una chica, pero su trato fue poco humano y desagradable. Me decía que el médico no me llamaba porque mi marido era joven y ya le informaban a él. “¡Disculpa!”, le dije, “Llevo 24 horas sin ver a mi marido, ¿qué es lo que no entiende?”.

Finalmente, lo trasladaron al oncológico. En cuanto llegó, yo ya estaba en la puerta esperándolo. Supliqué que me dejaran subir con él, y no me pusieron pegas.

Por fin estaba con él. Nos dimos un abrazo inmenso, con un “te quiero” todavía más grande, bañados en un mar de lágrimas de ambos. Estaba sin apenas fuerzas.

Cuando pude, llamé a Ali para decidir qué hacían con las chicas. Ellos no sabían qué hacer: si seguir en la casa rural o venirse de vuelta. Tras hablarlo con las chicas, decidieron quedarse allí. Aunque era muy difícil estar separados de nosotros, al menos estaban entretenidas, ajenas en cierto modo a nuestro drama: con la piscina, bicicletas y espacio para moverse libremente y desconectar. Esa noche, cuando volví a casa, después de cenar

con mi hermano, tuve una sensación de vacío inmensa. No estaba Jordi, no estaban las chicas. Ali me preguntó si quería hablar con ellas por videoconferencia, pero fui incapaz. Me recorría tal tristeza por el cuerpo, que casi no era capaz de articular palabra.

Al día siguiente, era el Santo de Marta. Por la mañana, ya me veía con más fuerzas para hablar con ellas y felicitar a mi niña. Lo peor era que al día siguiente era el cumpleaños de Marta.

En la casa le prepararon una fiesta muy especial. Nuestros amigos lo hicieron con todo el cariño del mundo. Mi pequeña estaba sin sus papis en el día de su cumpleaños, pero, de alguna manera, había que intentar que tuviera un día algo feliz. Judith le hizo a su hermana una tarta de cumpleaños con mucho cariño. A ella también le dolía nuestra ausencia. En el momento de soplar las velas, hicimos videollamada desde el hospital, para compartir con ellos ese instante y cantarle el cumpleaños feliz a Marta. Jordi y yo no parábamos de llorar. No sé ni cómo logramos cantar. Necesitábamos a nuestras chicas.

Como estaba a base de suero, no podía tomar nada. Era tal la sed que tenía, que empezaron a dejarle tomar polos de hielo. Para Jordi era un gran alivio, se los tomaba como si nada y le sabían a gloria. Los médicos nos decían que parecía que se empezaban a oír ruidos en sus tripas. Vamos, que empezaban a moverse.

También cesaron los vómitos, con lo que todo apuntaba a una pequeña evolución positiva. Nos dijeron que le harían una placa de abdomen para ver cómo seguía. A pesar de haber movimiento en sus tripas, el dolor de abdomen iba en aumento. Le tuvieron que poner varios rescates de morfina para poder calmar algo ese dolor tan agudo.

Al día siguiente, los médicos decidieron que había que ponerle una sonda nasogástrica. Era la única forma de poder alimentarlo, al menos para que recuperara un poco las fuerzas. En la placa, vieron que tenía mucho aire entre las tripas y el hígado, y el peritoneo muy inflamado. Los calmantes cada vez le hacían menos efecto. Nos comentaron que no iba bien e incluso nos recomendaron que vinieran las chicas a ver a su padre. En pocas palabras, que pudieran despedirse.

Rápidamente, avisé a nuestros amigos. Ellos les explicaron a las chicas, como pudieron, que tenían que volver, que tenían que ver a su padre... Siempre estaré agradecida a nuestros amigos por aquel gesto. Vivir esa experiencia tan dura debió de ser impactante.

En el hospital, intentaron ponerle una sonda a Jordi, pero fue imposible. Las enfermeras me decían que tenía una especie de tapón que no dejaba entrar nada. Él estaba muy adormecido por

los calmantes. Y yo, destrozada. No había solución posible. Su hermano y su sobrino vinieron a verlo. Todo muy triste. Mi hermano venía cada día para hacerme compañía... Las noches ya me quedaba en el hospital, con Jordi. No lo dejaba ni un momento solo. No quería separarme de él ni un solo instante. Mi amor se apagaba... Llegaron las chicas. Nos envolvía una inmensa tristeza. Pero pudieron ver a su papi, abrazarlo, cruzar algunas palabras con él. Jamás, en toda mi vida, imaginé que me tocaría vivir unos momentos tan duros...

A Judith le dio un pequeño ataque de ansiedad. A esas edades no les toca vivir situaciones tan duras. Finalmente, mi hermano, como pudo, se las llevó a casa con mi madre. Necesitaban descansar de tanta emoción.

Al día siguiente, los médicos me informaron de que dejarían pasar el fin de semana, y que el lunes intentarían de nuevo ponerle la sonda mediante una técnica dirigida. Estaba grave, pero había un pequeño hilo de luz. Le dieron una medicación especial para que no generara muchos fluidos. Así no tendría tanta pesadez. Estaba muy adormecido.

Aquella noche fue un infierno. Jordi estaba muy inquieto. Demasiado. Solo hacía que gritar: “¡Me quiero ir de aquí, nena, me quiero ir! ¡No me quiero morir!”. Se incorporaba, una y otra

vez. Yo estaba agotada, no sabía qué hacer, no sabía cómo aliviarlo. Sobre la madrugada, una de las doctoras de guardia me sacó de la habitación y me dieron una tila. Me explicó que era una reacción normal, una defensa de su cerebro. Tiene un nombre técnico, pero la verdad es que no lo recuerdo. Su cerebro se defendía ante la revolución que tenía en su cuerpo. Estaba luchando, lo hizo en todo momento, hasta el último instante.

La mañana del 2 de agosto, la doctora me dijo que se acercaba el fin, que Jordi estaba sufriendo mucho y que había que sedarlo. “¡¡Nooo!!”, grité. No podía aceptar, de ninguna manera, que era su fin. Le comenté a mi hermano que por favor trajera a las niñas lo más rápido posible. Me abracé tan fuerte a Jordi, no podía soltarlo. Él ya estaba dormidito. Le hablaba, le decía lo mucho que lo quería, una y otra vez. Ni siquiera sé si él me escuchaba... Llegaron las chicas y, al instante, su corazón dejó de palpar.

Y ahora... Me despierto abrazada a la almohada donde existían tus dulces sueños, donde despertabas cada amanecer y nos dábamos los buenos días y las buenas noches, junto a un “Te quiero”... Y tú, mi amor, ya no estás. Ya no estás.

Y a mí solo me queda seguir adelante. Caminar sin mirar hacia atrás.

